

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

R. 038

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

Remanso

Oh, el goce de la playa solitaria! La galería cerrada y silenciosa. Las casetas de blanca lona y bastidores rojos alineadas en hierática espera. La arena fina sin huellas de otros pies que los míos madrugadores. La mar bella y sumisa gimiendo blandamente. Sobre Peñamayor, en la barra, unas gaviotas. En el cantil, ramoneando entre árgomas y helechos, unas vacas bermejas sin pastor. Y el cielo azul intenso.

Ceremoniosamente me desnudo entre unas rocas que hay en medio del sable y entro en el agua inquieta a bajar. Y cuando estoy entre las ondas verdes y blancas, bajo el cielo sereno, sin divisar alrededor ni una humana silueta, oyendo solamente la canción eterna de los mares, percibo que habla en ella una voz íntima, una voz que no sé si está conmigo o a mi lado, pero que recrimina y amonesta irritada e iracunda, como si de las aguas combadas y bullidoras hubiese la conciencia tomado un cuerpo para vocearme sobre seguro todas mis culpas y deslices.

El baño, así, es una meditación serena y penitencial en que, al par del cuerpo, se remoza el espíritu y se unge de frescura, un diálogo sin palabras entre el niño díscolo y veleidoso y el prudente censor que cada cual llevamos dentro. Y cuando voy en busca de mis ropas, sobrecogido de emoción por la imprevista reprimenda de la Naturaleza, el alma ya va impuesta de un nuevo cauto advertimiento de sus flaquezas y menesteres. Me he bañado el espíritu también...

Y es que ya ha largo tiempo que el mar engendró un sistema de filosofía, tan complejo que más bien es gama de deleites y emociones para cada espíritu contemplativo, atento al ritmo interior; en el cual, sobre el *leit motiv* de las isócronas serenidades, el mar pone un consejo sabio para cada instante, una palabra consoladora para cada pena, un arrullo siempre.

Vienen los cuerpos macerados y las almas tristes, «fatigadas de sentir», desde el foco turbio de la ciudad a estas ocultas y arcaicas villas de pescadores. Uno vino arrastrando el peso de sus escepticismos; otros los desengaños del amor; quién la aridez que nace de un vano esfuerzo; éste la ingratitud de sus favorecidos; aquel la desesperación de una dolencia sin remedio o el ocio blando y fútil del que tiene resueltos todos sus problemas menos el de vivir, porque no vive,

hastiado de su holgura. Y en todos ellos la mansa beatitud de estos ambientes, cielo y mar, frondas perennemente verdes, cándidas campanillas de los rebaños en el pasto, perspectivas de las gigantes cordilleras en la lejanía nimbada por la bruma, un habla de tonos y modismos dulzones y mimosos, campechanas gentes que en un camino, o en una tiendecilla, o a veces desde un balcón, os dicen cuál es su vivir y con qué confortadora alegría forjaron sus cotidianas manse-dumbres... todo se adueña de los corazones que aquí vinieron en busca de su paz. Y crea en ellos, callada, subrepticamente, cierto infantilismo que deshace los más torvos ceños y que abisma en livianos pasatiempos a mil «sesudos homes» vestidos con trajes de dril.

He aquí el símbolo.

Todos los días, al toque de oración véspera, un rapaz, siguiendo muy antiguas tradiciones de la «queda», va de calle en calle por todas las del pueblo tocando una campana. Tras el repique sensacional, párase y se destoca, y teniendo la boina entre las manos clama en alta voz de esta manera:

—«Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, la pura y limpia concepción de María Santísima. Fieles cristianos, amigos de Jesucristo, «alcordaros» de las benditas ánimas del Purgatorio con un padrenuestro y avemaría, que no falte quien por nosotros diga Amén...»

Y en voz baja dice fervorosamente la oración dominical. Luego exhorta de nuevo, en alta voz:

—«Digamos también otro padrenuestro por aquellos navegantes cristianos que navegan por la mar y por la tierra, para que Dios los traiga a puerto de salvación. Amén. Pater noster...»

Y repite la súplica silenciosa...

Voz temerosa y profética será la de este mozo en las noches lluviosas de la invernada, cuando el ventarrón marino ruja su estruendo entre los muros y las callejas centenarias de la dormida Wencia. Ahora, en estas suaves noches del esfo, estrelladas, serenas, tibias, la imploración es de una ternura profunda, como amorosas voces que el mar trae a la costa cada tarde desde los limbos de la ausencia, del pasado y del recuerdo. ¿Qué corazón de los aquietados en estas playas pacíficas y en estas campiñas verdes opondrá la hosquedad de su egoísmo a esa voz caritativa y devota?

Aquí hay un señor, orondo, craso, que es anticlerical y que se indigna cada tarde oyendo la campana y la salmodia, «dignas del siglo XIII» según él. Pero yo sé que en los espíritus un poco cultivados y generosos, aun en los más incrédulos, caen esas oraciones y esos toques igual que lluvia refrescante en abrasada tierra. Y ávidos de paz y de ecuanimidad, hallan en estos sonos viejos la misma emoción blanda y cariciosa que en el arrullo de la mar y en la ingenuidad de los paisanos y en la mimosa verdura de la mies.

EDUARDO GARCÍA ENTERRÍA

San Vicente de la Barquera.

En pleno mar azul

Viajar! Tendernos voluptuosamente
sobre un diván, bajo el azul intenso;
mirar al norte, al sur, al occidente,
y todo mar... y mar... y mar inmenso!

Ver desfilar la corte de los días
sobre la seda del azul canoro,
sobre el trueno de vagas melodías
del gran piano del piélago sonoro!

Viajar! Sentir que el alma se agiganta,
sentir que es el espíritu una planta
que en armoniosos pétalos revienta,

y en una hora de pavor profundo
querer saltar los límites del mundo
sobre el potro invasor de la Tormenta!

J. B. JARAMILLO MEZA

Golfo de Méjico.

Enrique Granados

Cuando la guerra esté ya harta de sangre, y caiga de su mano la espada, nosotros, que en el tricentenario cervantino hemos sido cuerdos por primera vez, arrumbando la adarga y el lanzón de Don Quijote, —aunque conservemos las catedrales góticas y las viejas ciudades gloriosas,—podremos cargar en nuestro balance las pérdidas del *Peña-Castillo*, del *Vigo*, del *Santanderino*; los fusilamientos de españoles en Lieja; la muerte de Enrique Granados, español y cosmopolita, aclamado en París, en Leipzig, en Bruselas, en Nueva-York, admirado por alemanes como Riemann y Risler, y víctima confiada de una fatalidad con enhiestos mostachos y casco prusiano.

Ya sabes, lector, cómo murió Granados: los supervivientes de la catástrofe del *Sussex* relataron el trágico episodio que recogió la prensa. Pero en la incertidumbre del fin alentó una esperanza, distraída a cada momento por la duda, violenta por la ansiedad, deshecha, al cabo de un mes, por la realidad inconvencible. Las buenas andanzas del pintor catalán José María Sert, a través de los depósitos de cadáveres y de los

hospitales, llegaron a la terrible convicción. Después, los diarios de Barcelona confirmaron oficialmente la noticia; los seis huérfanos, la familia, los amigos, encerraron el dolor de la verdad conocida, en esta escuela:



Don Enrique Granados y Campiña

Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Caballero de la Legión de Honor, Oficial de Instrucción Pública Francesa

Y SU ESPOSA

D.^a Amparo Gal y Lloberas de Granados

E. P. D.

Fallecieron el 24 de Marzo último, víctimas del siniestro
ocurrido al vapor SUSSEX

Sus desconsolados hijos Eduardo, Soledad, Enrique, Víctor, Natalia y Francisco, hermanos (ausentes), hermano y hermana (presentes), hermano y hermanas políticos (presentes y ausentes), sobrinos, primos y demás parientes, al recordar a sus amigos y conocidos tan irreparable pérdida, les suplican les tributen un recuerdo en sus oraciones y se sirvan asistir a alguna de las misas que, en sufragio de sus almas, se celebrarán mañana martes, 2 de Mayo, de diez a doce, en la Iglesia de la Casa Provincial de Caridad, por lo que recibirán especial favor.

No se invita particularmente

Donde, como antes los cuerpos en la yacija enorme del mar, se abrazan los nombres del músico y su esposa. Ulises vuelve a Itaca con el Vello de Oro, cuando zozobra su trirreme; pero junto a él están los brazos de Penélope. La enamorada Iseo, duerme amores eternos con Tristán...

La tragedia de Granados se anunció, como una narración de Poe, con sombras de presentimiento. Lasalle, su compañero de viaje de ida, ha escrito estas líneas escalofrantes:

«El 29 de Noviembre próximo pasado, me encontré en las oficinas que la Compañía Trasatlántica tiene en Cádiz, a Granados y señora, que venían de Barcelona, a bordo del *Montevideo*, y aquella tarde nos embarcamos todos alegremente con rumbo a Nueva-York. Una vez a bordo, se hizo música; Granados nos dió a conocer sus *Goyescas*. Burla burlando, el pobre Enrique me aseguraba que en Cádiz había hecho esfuerzos inauditos para no salir corriendo hacia la estación del ferrocarril y regresar a Barcelona, y luego más tarde (el 30 de Noviembre), cuando nos paró el crucero de guerra francés, el *Cassard*, Granados me aseguraba que si los franceses nos hacían regresar a Gibraltar, él no seguía el viaje. Los oficiales del *Cassard* se conformaron con hacer en alta mar una minuciosa visita, y nos dejaron seguir nuestro rumbo.

»Granados, con aquella exquisita sensibilidad que era su caracterís-

tica, parece que presentía la muerte que le acechaba y que brutalmente había de cortar meses más tarde esa vida tan simpática. En efecto, Enrique, durante toda la travesía que hicimos a bordo del *Montevideo*, no pensó más que en morir ahogado; hizo el viaje en un sobresalto continuo; el miedo al naufragio se apoderó de él de tal modo, que ni las palabras cariñosas y tranquilizadoras del capitán consiguieron calmar sus aprensiones.

»Recuerdo ahora con horror que un día nos encontramos, en el salón de música, a Granados abrazado a su mujer, y los dos lloraban amargamente, pensando en sus hijos.»

Y en su homenaje póstumo, la Filarmónica de Valencia exhumó *El himno del muerto*, poema sinfónico que Granados compusiera para cierta fiesta, destinada a socorrer a las víctimas de una inundación del Turia. *El himno del muerto* es la balada angustiosa de los ahogados, imaginada por su autor con un feroz profetismo. ¹

*

Muerto Granados, queda su obra abundante y exquisita, que ahora empezaba a condensarse. Y del hombre, de su aristocratismo romántico, de su elegancia desmayada, de «la manera gentil de llevar una cabeza genial», que ha dicho Debussy, sobre el mortal recuerdo de los que le conocimos, las magias florentinas del retrato de Néstor.

Por su aire de soñador un poco triste, Granados evocaba a Bécquer y a Chopin. Su melena de eslavo brillaba como sus grandes ojos, sus manos afiladas amarilleaban igual que un marfil antiguo. Andaba con la distinguida languidez de los convalecientes...

«Aquí, en Valencia— cuenta Eduardo Chavarri—, recuerdo las veces que al volver de excursiones por las poéticas piñadas de Porta-Cabó (de sus entrañables amigos los señores de Carbajosa) o en la no menos hermosa *Caseta Blanca* que en Bétera tiene el poeta Aguirre, en la hora del crepúsculo, sin darnos cuenta, nos hallábamos todos rodeando al

¹ Esta genial visión—mejor, pre-visión—de la muerte, tiene un precedente directo en Mozart. Mientras escribía *La flauta mágica*, recibió Mozart, por mediación de un desconocido, alto, flaco, serio, y vestido de gris, el encargo de una misa de Requiem. Aunque después de la muerte de Mozart se supo que el anónimo emisario era el mayordomo del conde Walsegg, de Stuppach, la enferma fantasía del compositor creyó ver en aquella misteriosa demanda un aviso del cielo de que su fin estaba próximo. «Mi cabeza se pierde— escribe en Septiembre de 1791—, me concentro con dificultad, y no puedo apartar de mis ojos la imagen de aquel desconocido. Le veo acercarse: me suplica, me amenaza, me exige impaciente la obra. Sigo trabajando, y el trabajo mismo me fatiga menos que el descanso. Además, no he de temer ya nada. Tal como me encuentro, no puedo menos de comprender que suena mi última hora. Estoy a la merced de la muerte. He llegado al fin antes de haber dado plena libertad a mi talento. Verdad es que la vida era muy hermosa. ¡Mi carrera se abría bajo tan buenos auspicios! Mas no le es dado al hombre modificar su destino. Nadie puede contar sus días, sino que debe someterse a la voluntad de la Providencia. Estoy ahora dando la última mano a mi canto de muerte, y no quisiera dejarlo sin terminar.» Murió un poco antes, sin embargo, aunque su pensamiento ya estaba hecho música. Y en la misma agonía, cuando la voz no tenía eficacia, por el temblor de los labios adivinábase el ritmo de las timbalas de su Requiem. (Del libro de LA MARA, *Wolfgang A. Mozart*.)

piano, y Granados iba haciendo surgir visiones fantásticas, las más bellas, el ideal momentáneamente realizado, que bajaba a nosotros y nos daba un beso en la frente. Una tarde, una niña de angelical pureza (¡también duerme en la paz de Dios!) preguntaba luego emocionada: «¿Qué es eso tan conmovedor?»—Y Granados contestaba con su voz de niño y de ensueño, sugestiva, cariñosa: «Pues... ese jardín, esas flores, ese cielo azul y naranja, esta paz de jazmines...» Y durante horas, su generosidad de poeta nos sacaba de las miserias de la vida.

»Era también un humorista sutil y un «bon xicot» como dicen sus paisanos. Sus bromas, sus burlas en la intimidad, sus charlas en nuestros paseos por los bosques de Barcelona, o por las huertas valencianas, paseos que parecían verdaderas escapadas de colegial...—todo mostraba aquel candor que tan pronto le hacía celebrar con regocijo de muchacho cualquier ocurrencia de alguien, como ponerse grave ante un momento de emoción de la naturaleza... ¡Y aquellas deliciosas imitaciones de los polichinelas del *gignol* catalán, o aquellos cuentos representados, y aquellas sobremesas encantadoras!..»

Periquet, que convivió con Enrique—como él dice emocionado—, ha escrito su biografía más cordial. En ella descubrimos también al sentimental y al ingenuo que había en Granados.

«A los veinticinco años—declara—trasladóse a París, con objeto de ingresar en su Conservatorio, estableciendo su domicilio en un modesto quinto piso de la calle de Treviso. Fué ésta la única época de su vida en que sintió de cerca, aunque sólo en su aspecto externo, la *bohemia* artística.

»En una de nuestras últimas charlas, aún evocaba Granados ciertos recuerdos de aquella alegre juventud, y entre ellos una estrafalaria «oración de la tarde» al modo musulmán, que al morir el día, él y sus amigos, envueltos en albas sábanas, desde el peligroso tejado de la calle Treviso, dedicaban a unas lindas costureras vecinas.»

Y añade, en otra parte de su artículo:

«Era en 1894, cuando el inolvidable Albéniz llegaba triunfalmente a Madrid, consagrado ya en todas las capitales europeas. Residía él habitualmente en París, en un *chalet* próximo al bosque de Bolonia, con esplendidez, sin estrecheces ni *bohemia*, en plena vida proceresca, a la manera de Sarasate, último magnate del arte español. A su paso por Madrid instalóse Albéniz con su acostumbrado regalo en el mejor hotel de aquellos tiempos, y reunió en sus habitaciones una tertulia de músicos, escritores y aristócratas exquisitos, donde mi infantil figura se obscurecía entre admiración y temor. Allí me presentó Albéniz a Granados, también recién llegado de París.

»Abundante melena negra cubría su cabeza chopiniana. Vestía con cierto desgaire interesante y exótico, destacando sus enormes corbatas, chalinas anudadas con abandono. Tenía entonces veintiseis años.»

También entrevemos en el relato de la vida de Granados una sombra de mujer que pasa, pero no con cortejos de amor, sino con la pervers-

sidad de una Lady Macbeth. «Influyó entonces—leemos—en la vida musical parisiense, un hombre de indiscutible talento, sincero admirador de Granados. Pero la esposa del insigne hombre, por un irremediable sentimiento de antipatía hacia el compositor español, constituyóse en su ángel malo, cerca del marido. Granados sentía aquella sorda hostilidad en todos los instantes, y nunca olvidó sus torturas morales junto a aquel matrimonio, donde la perfidia femenina agotó los medios para abrir un abismo entre dos artistas y amigos.»

Más adelante nos dice: «Los años iban paso a paso aumentando su austeridad artística; no así su existencia íntima, a cada instante más sensible y apasionada. Habitaba en 1912 un sobrio hotel del ensanche barcelonés. Ya le había cedido cierto popular industrial catalán un pabellón que lleva el nombre de Granados, en la poética falda del Tibidabo, por donde desfilaron las más egregias representaciones musicales del mundo extranjero. Granados no concurría a su sala de conciertos sino en excepcionales casos. Prefería su gabinete de trabajo. No había en éste adornos relumbrantes ni aparatosisidad teatral. Recuerdo un magnífico piano de marca española, una monástica mesa cubierta de papeles pentagramados; cómodos sillones, un magnífico retrato por Nestor; una estatuilla en bronce por Smith, y ricos búcaros con flores de todas clases, porque, según frase de Granados, las bellezas de unas disimulan los defectos de otras. Imperaba la sencillez, y parecía que allí se toleraba el lujo sólo a condición de ser útil. Abundaban los retratos de celebridades, con afectuosas dedicatorias. Su fama crecía incesantemente. Ya había sido jurado en París para la adjudicación del premio Diemer (1909) y pertenecía al Claustro del Doctorado de Músicos Franceses, con De Greef, Busoni, Faure, Dubois, Pugno, Planté, Paderewski y Saint Saens.»

Nos le presenta enfermo en la niñez, imposibilitado por dolencias físicas, de reunir dos oposiciones, siempre con marcas en el cuerpo castigado, de la lucha cruenta. Hasta el mortal accidente del naufragio, alcanzó esa gravedad trágica por la escasa resistencia de Granados contra los ímpetus del mar.

*

Se fueron con él las amables orientaciones del profesor y las interpretaciones supremas del pianista. En unas y otras, Granados dejó la huella de una creación. Sus lecciones no eran la rutinaria preparación de los programas oficiales, sino una sacerdotal revelación de secretos de técnica. Él, que era un poeta del piano, había creado escuela entre una mocedad que le adoraba con la fe de los Doce Discípulos al Maestro.

La gloria del compositor, queda. La del ejecutante, tiembla en las arpas tensas, vaga en la sala, nos roza el espíritu, y se desriza como la misma onda del sonido. Es igual que la del cómico, que se apaga cuando las candilejas, al caer el telón... Granados ponía toda su fiebre

chopiniana en aquellos dedos elocuentes, dignos de un clavicordio; fraseaba deliciosamente; fundía las más raras armonías en abrigados esmaltes; se desataba en *rubatos* de una expresiva arbitrariedad. Sobre todo, sus obras se ofrecían entonces en la plenitud del verbo hecho carne. Nadie le superaba en este arte de auto-interpretación. De todos el que más se le acerca es Arturo Rubinstein. Yo gocé la honda emoción de oír al glorioso muerto dos de sus *Goyescas*—recuerdo que una era la titulada *Quejas o la maja y el ruiseñor*.—Ahora, a la memoria se juntan la evocación del espíritu que el autor hacía surgir de su música y aquella *pose* interesante y espontánea.

En la labor de composición, pasó, según él confesaba, veinte años indecisos, oscuros, cruzados con optimismo y voluntad. El ambiente de la España que se hundió en Cavite y Santiago, estaba saturado aún de las cursilerías de *Marina* y *El anillo de hierro*. Además, desde que en el Evangelio fué grabado, se confirma aquello de que «nadie es profeta en su patria.» Albéniz triunfó expatriándose. Lo mismo que antes Sarasate y Monasterio. Falla estrenó *La vida breve* en Montecarlo y en la Ópera Cómica. Y Granados, que no ganó cátedra en nuestro paleontológico Conservatorio, era funcionario de Instrucción Pública en Francia, y formó tribunal en los exámenes de París. En cuanto al Teatro Real, regateó al hijo de España la merced que después ha otorgado con largueza el Metropolitano neoyorkino a un extranjero...

*

La primera época creadora de Granados está influenciada por Chopin. El temperamento soñador del músico catalán, ardientemente exaltado por la juventud, se diluye en esas breves páginas, estremecidas como las del genio polaco; dramatizadas conforme al tipo argumental, episódico, de Schumann; impresionistas, como el arte moderno. Surgen las *Escenas románticas*, se desperezan vagamente los *Valses poéticos*, ábranse las páginas del *Libro de horas*, que parecen viñetas de Beardsley.

Cuando el artista empieza a encontrarse, siente el pasado, la herencia, la substancia étnica. Nos da *María del Carmen*, adaptación operística del drama de Feliú y Codina, y las *Danzas españolas*. Hasta llegar a las *Goyescas*, Granados no hace nada tan firme. Las *Danzas* no constituyen un acopio folklorista, sino una interpretación personalísima, libre y sentimental del espíritu de raza. En ellas, retoza el bolero, brinca la jota, se trenza la sardana ampurdanesa, se acompaña el ritmo galaico, dos florecitas escapan de un refajo bermejo para «pisar el polvito a tan menudito», en una feria castellana, al son de esta pícara *Villanesca*, como lo hiciera la gitanilla de Cervantes...

El cosmopolitismo en que Granados vive, le decide a romper los límites locales. Compone entonces obras de extensiones amplias: tales *El Dante* y *El canto de las estrellas*, y se lanza a alardes de pianista en su famoso *Allegro de concierto*, incorporado a todos los repertorios, y reintegrado al *chopinismo* de la primera manera.

Pero Granados ha nacido en Cataluña, país de una rica tradición lírica, y uno de sus maestros fué Pedrell, el sabio de las armonías ibéricas. Además, por estas rocas pirenaicas vaga el misticismo de Garín, y alienta la dulce poesía de la Provenza. Arriba empalidecen los olivos y abajo se serenán los vidrios venecianos del mar. Granados teje en un poema de Apeles Mestres la ópera *Follet*, no publicada. Enrique Gomá, que la conoce, manifiesta que «apenas si en unas escenas del primer acto surgen melodías en el estilo de las que tocan en la *gralla*, especie de gaita, los músicos rústicos del Panadés y Campo de Tarragona en fiestas populares, acompañando los famosos castillos de los *Xiquets de Valls* y las viejas danzas y mojigangas. En lo restante de la partitura, se señala fugazmente un cierto matiz catalanesco, y los momentos líricos o apasionados son más bellos que los intentos dramáticos, que no adquieren el relieve necesario.»

*

Albéniz y Granados fueron grandes amigos. Cuando murió el autor de *Iberia*, su viuda rogó a Granados que terminase los *Azulejos*, una obra genial que Albéniz quiso disputar a la muerte. El trabajo del sucesor fué acertado y respetuoso. Para entonarse, Granados se sumergió en toda la enorme labor de aquella gloria admirada demasiado tarde. De allí debió de salir templado y fuerte, enraizado a esta tierra áspera, sepultura de tantos pueblos. El salto viril de Granados le coloca en su producción de madurez: en las *Goyescas*.

Las *Goyescas* son el momento más español del músico, su cumbre casticista. Hondo ha sido, y será todavía, el influjo del goyismo en nuestro arte. Directamente se plasma, se recrea en otro león, pero más cerebral, más consciente que aquel ignorante lleno de intuiciones pasmosas, aquel hijo del pueblo y pintor del pueblo que se llamó y se sigue llamando Don Francisco de Goya y Lucientes: el goyismo produce el zuloaguismo. Goya rubrica con su crueldad terrible el cuadro de los fusilamientos del Príncipe Pío; pone ojos de diablasas en aquellas duquesas livianas; muerde con el buril y disuelve con el ácido la memez de los días de Carlos IV; se asoma a la tragedia de los cosos en sus grabados de *La Tauromaquia*; y nos lega, en fin, una pintura crítica y documental. Zuloaga archiva las decadencias nacionales, los bobos y los mendigos velazqueños, las sequedades de los realistas religiosos, los ocos del Greco, y la majeza y la torería de Goya; y sobre crear escuela en pintura, motiva una literatura que es marco de esos cuadros, los más vigorosos de nuestro arte contemporáneo. Zuloaga, al mismo tiempo que Costa y Ganivet y Unamuno nos saca las entrañas, como los áuspices romanos, para estudiar en ellas el porvenir. Al margen de este trabajo clínico, se produce una poesía con sentimiento del paisaje, un castellanismo artístico, y la fría revisión de los clásicos. ¿Por qué no ha de acompañarse este movimiento de una música orientada en tal sentido? Albéniz lo ha hecho ya. Granados lo ha de hacer. Y parte del principio,

del pintor desconcertante y brutal, de los días de fandango y tiros, de navajazos y requiebros, de pan y toros...

Pero el goyismo de Granados no es desgarrado ni violento. En sus encajes y policromías, en sus suaves matices, se veía esa España decorativa, elegante y sentimental, del pintor Anglada, donde las mantillas y los mantones tienen pompas renacentistas.

Integran las *Goyescas*—me refiero a la obra pianística—, los poemas siguientes: *Los requiebros*, *Coloquio en la reja*, *El fandango de candil*, *Quejas o la maja y el ruiseñor*, que forman la primera parte, y *El amor y la muerte* y *Epílogo* (serenata del espectro), que constituyen la segunda; una y otra de *Los majos enamorados*. Lo cual hace suponer que Granados pensaba desarrollar, bajo el título genérico de *Goyescas*, una suite varia y amplia.

Asomado a la época, resucitó, pero siempre en su invención libérrima, interpretativa, que no se manchaba de polvo en los archivos, la tonadilla. El carácter de las *Tonadillas* de Granados es específico, y sin apartarse de la tónica de los vihuelistas dieciochescos, tienen la aristocrática melodía del *lied* y sus finas cadencias. Sus títulos son estos: *La maja de Goya*, *El majo discreto*, *El tra-la-la y el punteado*, *El majo tímido*, *La maja dolorosa*, *Amor y odio*, *Callejeo*, *Las currutacas modestas*. Todas están vaciadas en romances y seguidillas de sabor viejo, hábilmente troquelados por un especialista del género: Fernando Periquet.

*

Con elementos de las *Tonadillas* y las *Goyescas* de piano, fué creada la ópera de este título. De su gestación nos habla peregrinamente el autor del libro, el mismo Fernando Periquet, en un artículo publicado hace algún tiempo en *Las Novedades* de Nueva-York¹. A la amabilidad de este amigo de Granados, que aún tiene el regusto un poco amargo de los triunfos predecesores de la tragedia, debemos la traducción del inglés al castellano y la copia de tan interesante trabajo, hechas expresamente para contribución a nuestro homenaje.

“GOYESCAS”

Conozco a Goya y sus obras como si de un contemporáneo mío se tratara. A veces pienso que hay fanatismo en la adoración que le rindo. Los españoles somos así: aborrecemos o adoramos. Un refrán bien castizo, lo dice: «O Rey o Roque». Rey, para ser único; Roque, para confundirse con los infinitos Roques.

Yo tengo a Goya por el rey de los pintores españoles, y me siento rey entre sus admiradores. De ahí que conozca desde su casita de Fuentetodos, en poder de una Lucientes (apellido materno del pintor) hace poco tiempo, hasta la puerta

de su quinta madrileña, hoy desaparecida. Aparte toda la historia de sus cuadros, sé la de muchas damitas que por aquella puerta pasaron en litera y en calesa, y de estas últimas, detalles como la supresión de cascabeles en los arneses, para evitar delatores ruidos, por alegres y españoles que fuesen.

Si tales cosas sé de Goya, y Enrique Granados no ignoraba, en nuestros veinte años de amistad, mis amores por el pintor aragonés ¿qué de extraño tiene que el músico y el literato se lanzasen a una misma empresa?

Granados había visto los cuadros y cartones de Goya existentes en el Museo del Prado. Inspirado en ellos dedicó páginas musicales al pobre Pelele y a las majas de los famosos «Caprichos», a los majos embozados y celosos...

Un día hablamos de llevar al tablado esas arrobadoras melodías. Faltaba trama... Esta labor era mía. La emprendí con toda mi alma. No quise presentar la figura del pintor, porque en obras grandes los personajes históricos son artísticamente peligrosos. Además, la palabra Goya para todo español culto y poeta, no es sólo un apellido, sino también una época. Goya-época significa amores y pasiones, en punto a sentimientos; y socialmente, una mezcla extraña de todas las clases, algo así como un albor de democracia que ponía los toreros junto a las duquesas, y a los príncipes cerca de las tonadilleras. Era, pues, cuestión de presentar esa mezcla social envolviendo amores trágicos, como siempre lo son cuando en ellos culebrean celos y rivalidades. Pero como a la par entiendo que en una ópera debe ser sencillísimo el asunto, hasta el extremo de que un niño pueda seguirlo sin fatiga, hice del libreto la más tenue novela que brotó jamás de mi pluma. Hay, pues, en nuestra obra toda la alegría del vivir español, toda la tristeza de nuestras pasiones indomables, y todo el fulgor de aquellos colores vibrantes que puso Goya en sus cuadros, que más semejan ensueños que pintura.

Planeado el asunto, expúselo a Granados, que lo acogió como suyo. Luego escribí en romance y seguidilla españoles el libro, no para que sobre mi letra se colocara la música, sino para que el maestro Granados dejara vagar su fantasía por las escenas más... Así escribió su encantadora partitura, sin palabras, en absoluta libertad, viendo en su mente toda una cabalgata de figuras goyescas, majas, duquesas, guardias reales, brujas, aquelarres...

Cuando hubo el músico puesto su última nota en la obra, vino un momento para mí doloroso por lo forzado, pero inevitable, y con brava energía lo acepté... Se trataba de poner letra a la música ya hecha. Un mes nos confinamos Granados y yo en una poética casita, en pleno monte, con la visión azul del Mediterráneo, a manera de sedante para mi excitante labor. No eran, no podían ser versos, los que brotaran de mi pluma: las frases de los personajes debían seguir nota por nota la fantasía del maestro. Las consonancias eran exóticas; los ritmos, desquiciados... A veces, en determinados grupos de notas no cabía el pensamiento del músico, y ambos reñíamos como colegiales: él, por salvar una idea, yo por no hallar su expresión dentro de contadas sílabas. Ejemplo: dos personajes deben concertar un duelo dentro de cuatro notas musicales, o sea en cuatro sílabas... ¿Cómo lograrlo? El músico no quería añadir una nota más... Yo no hallaba en la lengua española, formas... Y reñimos, y a punto estuvimos de tirarnos a la cabeza libreto y partitura. Pero lo grave del caso fué para mí que el maestro tuviera razón en exigir, puesto que al fin hallé lo que yo negaba y él pedía.

Dice un personaje: «¿Hora?» Y contesta el otro: «Las diez». Bastan y sobran esas cuatro sílabas para que dos rivales se entiendan. Granados tenía razón. Y así, día tras día, en un constante esfuerzo mío de voluntad. Por fin dimos cima a la totalidad de la obra.

Lo demás fué luego una carrera sin obstáculos. La lectura en la Grande Ópera de París; el entusiasmo que despertó entre los grandes músicos; nuestro contrato para el estreno en la ciudad de los placeres... De pronto surge la guerra con sus guadañas en pos. París hubo de preocuparse de algo más que de nuestra ópera. Entonces el Metropolitan de Nueva-York nos abrió sus puertas...

Todo sea por Goya, el más español de los pintores, el más gallardo de los majos, el más bravo de los hombres, y el más enamorado de aquellas majas lindas y valientes, soñadoras y apasionadas, alegres y honradas, madres de nuestras madres...

*

La ópera fué estrenada el 28 de Enero de este año, con lujo de presentación, con decorado espléndido, con vestuario copiado de las pinturas de Goya y los modelos Mérida, del Museo Arqueológico de Madrid. Bien interpretada, y con todas las exigencias corales y orquestales. La gracia melancólica del último modo de Granados había de triunfar seguramente; pero la impresión se completó con otra de visualidad y de ambiente de época. Hay que convenir en que *Goyescas* tiene mucho de pandereta, de españolada para extranjeros. Ya en alguna ocasión Granados dijo que sus majos vestían de raso y seda. Así vistieron a sus modelos los pintores españoles enamorados de aquel tiempo, como Fortuny. Granados no se avino nunca al realismo; prefirió su siempre joven fantasía, y la bella mentira le sedujo más que el valor exacto, aprendido en penumbras de biblioteca. Granados era un español de París. Y compaginó su nacionalidad indiscutible con el brillo pintoresco de la música españolista de Chabrier y Debussy.

En el argumento de *Goyescas* se dan los factores tradicionales de la ópera, pasión, dramatización lírica, desenlace fatal. He aquí la reseña que de él hace una revista americana.

«Al levantarse el telón la escena representa un grupo de majos y majas que refozan alegremente «junto al Manzanares», en el campo de la Florida. El sol cae plenamente sobre el bullicioso enjambre. Las majas, como en el célebre cuadro de Goya, se entretienen en el popular pasatiempo de mantear un pelele. «Los majos cortejan desenvueltamente a las hembras.» Al acompañamiento de regocijados cantares el pelele salta por los aires. En el frente se derraman decires y galanterías. A la derecha, semioculto tras un merendero, Fernando, Capitán de la Guardia Real, la monta en espera de Rosario. Paquiro (véase el dibujo de Goya *Una torera*), torero tan diestro en el arte de dar la muerte a un toro como en el de rendir el corazón de una maja, galantea con gracia. A sus donaires las majas responden que, aunque «se agradece el piropeo,» no se olvida la falsedad de sus requiebros, puesto que todos saben que está prendado de Pepa, bella manola de costumbres desenvueltas y pasiones intensas. Súbitas aclamaciones y palmoteos anuncian la llegada de ésta, el Capitán asoma la cabeza por el merendero, por ver si venía su amante enamorada, y entra Pepa (véase el cuadro de Goya *La maja y los bozados*), que desciende de su calesa y con

desenfado se acerca hacia el proscenio, mientras declara el júbilo que le ocasiona «ver a sus majos, ver a su gente.» A su llegada Paquiro la recibe con requiebros que la maja no vacila en contestar, y el coro de majos y majas celebra la belleza de la pareja y la alegría del amor. Mientras, como motivo recurrente que expresa el concepto que del amor prevaecía, en la época de Goya (en manos de la mujer el hombre es siempre un pelele), éste salta al acompañamiento de regocijados cantares. Tras otro arranque de exclamaciones y de gritos llega a la plaza, conducida en silla de manos, Rosario, «un ensueño de mujer», «gran dama» ataviada con su traje copiado del de *La maja vestida* de Goya. Antes de que el Capitán haya logrado acercársele, Paquiro le recuerda que una vez asistió a uno de los famosos *bailes de candil* característicos de la gente maja, y la invita a que vuelva esa misma noche a otro. El Capitán, que ha oído la invitación, se apresta a responder, presa de rabiosos celos, que sí irá, pero con él, y la altiva pareja parte con gran dignidad por entre la *majada*. Paquiro queda prendado de la belleza de Rosario, y Pepa, llena de celos, hace votos de vengarse. El vocerío se reanima, los majos cantan alegremente, el motivo musical y visual del pelele recurre una vez más, y el telón cae sobre una jubilosa escena cargada de color y animación.

»El segundo cuadro, precedido por un preludeo-intermezzo de gran belleza, representa el baile de candil y nos presenta la más típica de las escenas. En el hermoso patio de una gran casa española, una pareja danza el fandango con gran destreza, mientras majos y majas cantan y palmorean. Desde antes de levantarse el telón resuenan las castañuelas, el zapateo de los danzantes y el cantar de la concurrencia:

Siempre fué
lindo el pie
que al bailar
supo hablar.

El baile se interrumpe súbitamente por voces que anuncian su llegada y el Capitán y Rosario, trajeados del mismo modo que en el cuadro precedente, avanzan por entre los majos, mientras Pepa, llena de la satisfacción de la venganza, canta que

una gran dama gentil
tanto quiso ver y vió,
que en un baile de candil
se metió.

A las súplicas de Rosario, que ansía salir de allí, donde ¡ah, cantan ya por mí!, el Capitán responde con altivez que «pronto han de callar», a lo que contesta un grupo de majos que «¡es mucho afirmar!» Luego Paquiro se dirige al Capitán con sorna:

Señor, en vez de hablar
ved si esa dama quiere bailar.

Y Pepa añade con desgarro:

¿Pa que la trajo tan gentil
a nuestro baile de candil?

A lo que el Capitán replica enfurecido que «¡por guapo!» A causa del consecuente acaloramiento Rosario se desmaya, y los rivales aprovechan la ocasión para concertar, de la manera más lacónica imaginable, el duelo, «en el Prado, a las diez.» En medio del desorden general, Rosario y el Capitán salen con característica altivez y el fandango se reanuda. Los majos cantan alborozados; Pepa coplea que

la maja si es que ha de ser
conforme Dios lo mandó,
tres cosas ha de saber:
arrancar moños, querer,
y olvidar al que olvidó,

Y el telón cae mientras la audiencia celebra regocijada la gracia del pie que baila.

El tercer cuadro, de inusitada belleza escénica, aunque menos típico que los demás, nos presenta el jardín de un palacio madrileño. En último término se levanta un espeso follaje de álamos de Lombardía. El ruiseñor canta oculto entre la fronda. La luna desgrana sobre la escena su surtidor de plata. Rosario, mientras, escucha transportada los acentos del cantor de la noche, que le inspiran un aria, algo convencional, de melancólica pasión. Al concluir ésta, se presenta el Capitán, y la enamorada pareja se entrega a un diálogo de blandos reproches y protestas que interrumpe el toque de las diez en la vecina torre. Tras las rejas del jardín se presenta como una aparición la embozada figura de Paquiro. El Capitán le hace señales de que acudirá al duelo; y trata de desprenderse de los brazos de Rosario, que no se explica su partida. A Paquiro sigue, también embozada, la siniestra figura de Pepa. El Capitán se desprende al fin de la amada y sale con la promesa de que vuelve en seguida. Apenas salva la verja del jardín cuando se encuentran las espadas y se oye un grito doloroso. Rosario sale precipitada; las figuras de Pepa y de Paquiro cruzan furtivamente el fondo, y el Capitán mortalmente herido, entra reclinado en los brazos de su amada y va a tenderse sobre el banco de piedra. Rosario lamenta la inestabilidad del amor y la vida, y al recoger el último suspiro del amante, cae con un acento desgarrador, y el telón descende sobre el triste cuadro de *el amor y la muerte*.¹

*

Repasando los extractos de la crítica neoyorkina, sorprendemos una casi unanimidad laudatoria. La partitura tiene color, luz, esa luz que derramara Goya. Si en el pintor de los *Caprichos* está sacrificada

¹ Octavio Elías Moscoso.-*América e Industrias Americanas*. Marzo, 1916.

muchas veces la corrección a la vida, al movimiento, la música de Granados, en los cuadros primero y segundo, hace también plástica la animación de la escena. *Goyescas* no es ópera de divos, sino una ópera moderna, donde los protagonistas se funden en el abigarrado conjunto. «No hay solos importantes. El coro canta casi siempre, y el diálogo de los protagonistas se desarrolla sobre el fondo de la multitud de voces.»¹

El intermedio que abre el segundo cuadro, ha sido elogiadísimo. Fué compuesto sólo en un día, y según Finck, crítico musical del *Evening Post*, sería suficiente para hacer a *Goyescas* famosa, como el de Mascagni hizo célebre su *Cavallería rusticana*. «De los dos—dice—el de Granados es el mejor en todos sentidos.»

La opinión más bellamente expuesta y asimismo la más amplia y precisa a un tiempo, aparece en estos párrafos del poeta Max Henríquez Ureña:

«Al alzarse el telón nos sorprende la admirable polifonía vocal con que acompañan majos y majas el goyesco manto del Pelele. Las voces entretejen el canto, de ritmos fascinadores en hermosa variedad, renovada siempre, de efectos corales, que culminan en brillante *climax*, a la entrada de Pepa, la maja popular. Con la intervención de Rosario y Fernando, los protagonistas de alta alcurnia, cambia parcialmente el carácter de la música; pero los personajes aislados no llegan a dominar en el conjunto: como en *Boris Godunof*, como en *El Príncipe Igor*, el coro es el héroe principal en el primer cuadro de *Goyescas*.

»Si el pueblo es quien impera, con su canto, en el primer cuadro, impera también, con sus danzas, en el segundo, desde el fino, arrullador intermezzo: la acción dramática pasa en «breve y veloz vuelo»,—como en el verso de Rioja—sobre la agitación continua de la masa humana. El baile español, incorporado por el artista español al drama musical, se impone triunfalmente, y no olvida ni sus estrepitosos palmoteos ni sus ruidosos ¡olé! ¿No triunfan también los maravillosas danzas tártaras de *Igor*, con los golpes y gritos de la estepa?

»El pueblo desaparece en el cuadro tercero, y sólo se le recuerda de paso, hacia el final, cuando por el fondo cruzan amenazadores el torero y la maja. Al iniciarse el cuadro, de pasión y dolor, pasa levísimamente, sobre la orquesta, el hálito de *Tristan e Isolda*, el más hondo poema de amor y muerte. Si en los dos cuadros primeros tuvo la música fuego y color, ahora se vuelve «claro de luna»; la enamorada triste habla al ruiseñor solitario... Luego, el amante, el coloquio de pasión, la despedida, y, súbita, inesperada, la muerte...»

*

¡La muerte! La que se ha llevado al artista cuando caminaba con paso seguro... Pero cese aquí el responso. Bien encomendado va ya quien tantos trabajos pasó, quien no dió tregua a las pálidas manos

¹ William S. Henderson, en el periódico *Sum*.

expresivas ni cerró ante lo feo y lo triste sus ojos anchos. Amortajado quedó por las algas, llorado por el agua-sal de los mares, inhumado en un sepulcro inmenso, como un verde vaso de cristal. Lector: salta estas líneas, y oye su música. Aunque ninguna como la que él escucha allá abajo, traída y llevada por las olas, y preñada de armonías audaces.

Miremos a la playa. Los seis hijos atalayan la lejanía, como los deudos de los nautas en la costa. Más que llorar al muerto, que atravesó la barra, con Caronte, tendamos una mano a los que quedan en la orilla. Oscar Esplá propuso en *El Mundo* que los compositores españoles escribiesen una obra expresamente para un concierto que pudiera celebrarse como homenaje a la memoria de Granados, cediendo a sus hijos la propiedad y derechos de esas obras. Fijaba también otro concierto con obras del autor de *Goyescas*: ambos conciertos, naturalmente, a beneficio de los hijos.¹

Hágase eso, o cosa de análogo fin, por los que deben y pueden hacerlo. Y cuanto antes. Este será el mejor homenaje; el que más agradecería él.² Sobre que no necesita de los otros, de los baldíos y retóricos, quien se honró a sí mismo por grande y por artista.

FERNANDO DE'LAPI.

En la fontana

(De un bardo campesino—Tierra bañezana—León)

Clara
fuente
serena,
polida,
que el cielo reflejas
y copias la vida:
yo la vide
a mi mocina,
que, por agua, con un cantarico,
llégose a tu orilla.
Sonrióse
curiosina;
miró el agua
tan tiera, tan limpia,

¹ Inspirado en el tema de esos herederos desheredados, Gabriel Miró tiene una página emocionada y cordial: lo más considerable de toda esta literatura necrológica. («Los hijos de Granados», en *La Esfera*. Núm. 131. Madrid, 1 Julio, 1916.)

² ¿Será ya hora de divulgar la labor escénica de Granados? Esperemos que en cuanto se cumpla el contrato con la Ópera de París, nuestro Real se purificará estrenando las *Goyescas*.

vióse en ella
 tan guapina
 que, al mirarse y al verse tan maja,
 ¡le entró una risina!...
 Los carrillos, del lau de los ojos
 se le enrojecían
 y le daba, a ella mesma, vergüenza
 escuchar lo que el agua decía.
 —Blanca rosa de Mayo floríu,
 que Dios te bendiga
 y te guarde
 tan majica;
 cuando pases, asómate siempre
 y a mi fondo mira
 que en el claro cristal de mis ondas
 copiaré tu figura divina.
 Cuida tu belleza
 que odiará la envidia
 y conserva tu blanca pureza,
 rosa de hojas apenas abridas.

.

Al oír lo que el agua dijera,
 mi mocina
 acercó los sus labios de reina,
 como agracida,
 y posólos al rape del agua;
 na más, por encima.
 ¿Fué a beber del agüica o besóla?
 ¿Besóse ella misma
 al mirar en la fuente su cara
 y verse tan linda?

.

Clara
 fuente,
 serena,
 polida,
 que conoces los castos secretos
 de la mi mocina:
 Dime, dime,
 si sentías
 que, tranquilo, en su pecho latiera
 el amor que tan fiel me ofrecía;
 si, cual de una fontana riente,
 en mi ausencia, constante, fluía...

NICOLÁS BENAVIDES

CRÓNICA

El suicidio romántico

No es ciertamente tan resonante como el suicidio de Larra ante el dolor de separación de la mujer amada, de desvío o de desdén; no es tampoco el suicidio de Manuel Acuña que había meditado tan poéticamente ante un cadáver; no es el romántico suicidio de los amantes de Teruel; pero es un suicidio que por su misma meditada frialdad y por su serenidad sin límites, hace recordar el estoicismo antiguo, aquellas teorías de Epicteto y de sus discípulos y de Epicuro ¡el calumniado Epicuro! y sus adláteres...

Hegesias, aquel discípulo de Epicuro que disintió algo de su maestro, llegó a ser llamado el *pirithanate* o consejero de la muerte, porque aconsejaba a sus oyentes que se diesen muerte pues la muerte vale lo mismo que la vida, teoría que hizo estremecer al Rey Ptolomeo, obligándole a tomar una decisión tiránica cerrando su escuela para que no propagase el contagio del suicidio, ha tenido ahora dos buenos secuaces en estos simpáticos muchachos madrileños que han preferido renunciar al misterio de la vida y escudriñar el misterio de ultratumba...

Hegesias, el de la melancólica sentencia «La vida vale tanto como la muerte» es más noble que los pesimistas modernos, inconsecuentes e ilógicos; Hartmann rodeado de suculenta esposa y robustos hijos; Schopenhauer refocilándose con las cortesanas de Venecia, gastándose alegremente en orgías ruidosas sobre los canales con iluminadas góndolas el dinero de la banca de su padre... Hegesias aceptaba las consecuencias de sus doctrinas; puesto que la vida era un mal, la muerte voluntaria era el único remedio a esta dolencia que es la vida y es el supremo recurso de un espíritu fuerte y altivo...

«El peor de nuestros adversarios, comentaba Epicuro (según nos viene relatado en la *Epístola ad Lucillum* de nuestro paisano el cordobés Séneca) es el que repite los versos del poeta: *El peor mal es haber nacido; el mayor bien sería no nacer...* Si está persuadido de ello ¿cómo no sale de la vida?... Porque esto siempre le es posible si está resuelto firmemente a ello después de madura reflexión.»

Y en efecto, los discípulos leales de Epicuro se dieron muerte porque el remedio heroico de la vida es la muerte y porque pensaban anticipándose al poeta italiano:

Un bel morir tutta la vita onora...

Y así es. Quien de corazón y con sinceridad siente el mal del mundo, quien real y verdaderamente experimenta el disgusto y el vacío de la existencia ¿qué otra actitud puede adoptar ante la vida sino la radical

actitud de darse muerte? *Pensar en la muerte es pensar en la liberación*, comenta Séneca con frase inmortal como una montaña...

Ved el ejemplo que nos ofrecen estos dos gentiles mozos madrileños. Hijos de una acomodada familia, viviendo en la holgura de un interior burgués, saboreando las satisfacciones de la vida en familia, con hermanas alegres y risueñas que tocaban al piano fáciles arias de ópera, con lindas novias burguesitas que les brindaban un porvenir de amor y felicidad y un presente de menudos goces cotidianos, sin dificultades económicas que les entorpeciesen el vivir, sin trágicos conflictos de amor que les desgarrasen el alma, deciden a sangre fría, con entera libertad de espíritu, darse muerte porque la vida no valga la pena de vivir...

Un médico ilustre, publicista reputado, el Dr. Mariscal, era el padre de uno de ellos; un escritor joven de notoriedad entre la gente erudita, era el hermano de uno de los suicidas, mi gran amigo Don Jaime Mariscal de Gante, autor de una documentada y valiosa monografía sobre *Los Autos Sacramentales*. La vida se ofrecía risueña ante sus ojos. El uno iba a ejercer el noble arte y la lucrativa profesión de arquitecto; el otro estaba destinado a la carrera militar o al foro; podía optar. El hermano de uno de ellos, Don Fernando Gil Mariscal, nos ha contado en desgarradoras frases, desde las columnas de *El Liberal*, lo fácil y plácida que se presentaba la vida para ellos.

Pudieron saborearla a su antojo, pudieron gustar los frutos ácidos y los dulces frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal; pudieron pedirle a la vida todo lo que ella podía darles. Y sin embargo estos jóvenes que no vacilo en calificar de heroicos, prefirieron morir, renunciaron a la existencia con sus amargores y sus dulzuras... Podrá explicarse esta muerte como un fenómeno de *hebefrenia*, según lo ha explicado el docto médico y propagandista social Dr. Jaime Vera; pero estos fenómenos todos los hemos conocido a los dieciocho años y hemos salido indemnes del naufragio...

El misterio de la vida a los dieciocho años, la esfinge inmutable en su sonrisa de piedra ¿a quién no ha aterrado *nel principio del cammin di nostra vita*, a quien no ha invitado a la renunciación? ¿Quién no ha deseado descifrar el enigma del más allá y quién no se ha sentido desalentado ante la lucha vital?... Pero hemos vencido al monstruo devorador que nos llamaba a su seno... ¿por fortaleza de espíritu?... no, por cobardía. El mundo nos llama los fuertes; yo creo que somos los cobardes, los que no tuvimos el valor de renunciar...

No sé quien ha dicho por ahí que el suicidio es una cobardía; la cobardía es aceptar la vida con todas sus negruras y sus vilezas, por temor al gran misterio del más allá... El misterio tentador del mundo y de la vida con sus placeres ha superado en nosotros a la voz acariciadora e invitativa que nos llamaba desde no sabemos qué arcano recinto y nos convidaba a huir muy lejos, más allá, quién sabe donde, en cualquier parte, fuera del mundo, *everywhere out of world*...

Podremos opinar favorable o desfavorablemente acerca de este método heroico y rápido de renunciar a la vida; podremos expedir patente de vesánicos o de neurasténicos, *as you like*, a los intrépidos jóvenes que han afrontado el mundo misterioso y ultratelúrico; pero no podemos negarles el respeto y la admiración conjuntamente...

Descubrámonos, pues, ante estos dos cadáveres, fraternos hasta en la muerte, con más respeto que ante todos los cadáveres anónimos que atraviesan a diario la ciudad...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

Madrid.

Palabras de estío

LA MIES ¡Oh juventud dorada!
¡Oh vida toda fuego!
Bebí, con llamas y oro,
la esencia de lo inmenso,
cuajando en mis entrañas
arcanos y misterios.

En mis aristas tenues
prendían los secretos
que, hinchendo los espacios,
dan voces en silencio;
en la extensión serena
de mi candente lecho,
el crepitar sublime
chascaba de los besos.
Me enardecí al contacto
de afanes y deseos;
doblé, voluptuosa,
bajo el amor mi cuerpo...

La vida me avisaba
con golpear intenso;
la paz de los fecundos
vertíase en mi seno;
y con brioso empuje,
mi sér estremeciendo,
latía en mis entrañas
el germen de otros nuevos.
El sol, mi siempre amado,
mandaba desde el cielo
su lúbrica caricia
que besa y hiere a un tiempo...

La vida en todas partes.
De pájaros e insectos
bajo un palio de luces
se oía el himno eterno.

¡Ah, triste! Sentí entonces
 el frío del acero,
 e, inerte, sobre el tálamo
 se desplomó mi cuerpo.
 ¡Oh juventud dorada!
 ¡Oh vida toda fuego!

LA VID A tu sien, risueña ninfa,
 ciñe la incitante pámpana;
 el jugo de los racimos
 por tu virgen seno caiga.
 Gima el agraz desgranado
 en tu mano breve y pálida,
 y moje los labios frescos
 donde los besos encarnan.

Ya de las uvas en cierne
 chispas invisibles saltan,
 y hasta mis bullentes hojas
 llega a raudales la savia;
 y mis vástagos lascivos
 calladamente se arrastran
 para dar estrecho abrazo
 a las hojas y las ramas.

¿Quién dijo muerte? La vida
 me brinda sus bienandanzas;
 la alegría se desborda
 por mis hojas de esmeralda.

¿No percibís los rumores
 de dulces canciones báquicas
 que resuenan a lo lejos
 entre confusas palabras?

¿No advertís cómo una turba
 de amorcillos se prepara
 a invadir osadamente
 la llanura solitaria?

Si mañana he de morir,
 gocemos hasta mañana,
 que ni la misma agonía
 mi sed de gozar apaga;
 y he de dejar, cuando llegue
 el fin de mi vida plácida,
 un legado de alegrías
 en una cuba guardadas.

NARCISO ALONSO CORTÉS

La suprema dama de amor

(Relato novelesco)

I

Comenzaban a disiparse las tinieblas de la larga noche de aquel tristón día del mes de enero. Borrosamente al principio, más claramente después, destacáronse los bultos de los pocos objetos que había en la humilde celda, por cuya encuadrada vidriera de pequeños y verdosos cristales, las primeras finitas del crepúsculo matutino principiaron a iluminar fibiamente las enyesadas paredes de la reducida estancia. Vefanse, colgados de ellas, dos antiguos cuadros pintados al óleo, que figuraban, el uno, el más grande, la silueta del santo de Asís, envuelta en pardo sayal y con la capucha echada sobre la cabeza, dejando apenas distinguir el perfil del enjuto rostro del seráfico fundador de la orden franciscana; y el otro, el de dimensiones más reducidas, la imagen de la Doctora mística, tal como es de rigor representarla: sentada ante una mesa, con la pluma de ave en la diestra, un libro delante, la mirada dirigida al cielo, y una paloma, símbolo del Espiritusanto, hablándola al oído.

Distingufanse bajo la ventana una mesilla de pino, con recado de escribir; y un Crucifijo de talla, colocado sobre aquélla. Encajonado a la misma, un toscó sillón de madera, con asiento y respaldo de baqueta. Al fondo, unas tablas tendidas sobre dos pies de hierro, pintados de verde; y sobre las tablas, una colchoneta, una manta, un cobertor amarillo y una almohadilla donde reclinar la cabeza. Y a la derecha de la mesa escritorio, un estante repleto de libros, muy apretados para aprovechar el espacio, en cuyos lomos podían leerse los siguientes nombres, cada uno de los cuales encierra en sí cuantos elogios pudieran tributárseles: Alejo de Venegas, Pedro Malón de Chaide, Juan de los Angeles, Diego de Estella, Juan de Ávila, Raimundo Lulio, Juan de Dios, Diego Pérez de Valladolid, Luis de Granada, Luis de León, Teresa de Jesús, Pedro de Rivadeneyra, Jerónimo Gracián y Juan de Jesús María.

Sentado en la silla de madera, con el codo del brazo izquierdo fuertemente apoyado en la mesa, y la frente hundida en la palma de la mano de dicho brazo, teniendo la mano derecha posada sobre las páginas de un libro abierto, leía y meditaba un hombre, el Padre Leonardo de Jesús, desde que se retiró a su celda, terminada la frugal colación de la noche, la anterior a aquel día que abría Dios en los momentos en que la acción de este imaginario relato comienza. Distintamente podían apreciarse ya las pálidas facciones de este lector incansable. Parecía rayar en los treinta de su vida. Era de aventajada estatura, enjuto de carnes, de rostro largo y seco, de ojos rasgados y negros, orlados entonces de profundas ojeras, mas sin animación ni brillo en aquellos momentos; de frente despejada, de ceño adusto y de boca breve. La color de su rostro, intensamente pálido en tales instantes, era verdosa y en todo su aspecto revelaba al hombre de voluntad tenaz, pero de pocas energías; al hombre que apetece y anhela la posesión y disfrute de algo que no halla bien definido y preciso en su espíritu, pero que ignora la manera o el modo de alcanzarlo. Por eso, desde tiempo atrás, venía buscando en sus libros favoritos, con esperanza de encontrarlo, ese «algo» que deseaba y que vagamente sentía en su alma, y leía sin descanso las páginas

de las obras de los mencionados autores; y cuando con él pensaba haber tropezado en ellas, parecíale que se le escapaba del pensamiento, sin haber tenido siquiera tiempo de saborearlo en la mente, reflexionando unos cuantos minutos sobre ello.

Y la suerte quiso favorecerle, en parte, la noche en que el presente relato principia. La loca suerte le mostró dicha noche, como una semejanza de aquel «algo», por cuyo descubrimiento se afanaba y por cuya posesión se consumía en las llamas del más ardiente deseo. De ahí que el alba le sorprendiera sin haberse movido de su asiento, entregado, gozoso, a la meditación de los pensamientos hallados en las mil veces leídas páginas del libro que mantenía abierto con la diestra por el sifio donde hubo encontrado los pasajes, causa de su interior alegría.

¿Sabéis cual era el título del volumen abierto sobre la mesa del Padre Leonardo?.. Rezábalo una línea impresa con caracteres mayúsculos, colocada a la cabeza de cada página y separada de ésta por gruesa línea de tinta negra: *Obras del Doctor Estático*. ¡Del Doctor Estático!.. ¿Recordáis cómo los contemporáneos de San Juan de la Cruz nos pintaron al angélico e inspiradísimo poeta, fraile carmelita de Medina del Campo, el más impersonal y el más subjetivo, el más genial, el más sincero y el más hondo de cuantos místicos existieron en el mundo? Ellos nos han dicho que fué un asceta, un iluminado, un vidente, jamás un iluso; un hombre todo espíritu, todo nervio, alto de talla, seco de cuerpo, pálido rostro, triste mirada, de facciones duras, de aspecto enfermizo, de áspero trato, de condición humilde, de inteligencia clarísima, de imaginación viva y lozana, y de alma apasionada y ardiente. Voluntad de hierro, memoria tenaz y entendimiento robusto, encarnados en el cuerpo de un sér que anduvo peregrinando en busca de una regla más estrecha y rigurosa que la de la Orden en que profesara, existencia más mortificada y penosa que la que de común llevara, penitencias más ásperas que las que de ordinario se impusiera, sufrimientos mayores a los que padeciera en las cárceles de Toledo, donde estuvo nueve meses preso y de donde le sacaron los empeños de su insigne maestra la santa Doctora; vida más angustiada que la que voluntariamente arrastrara y muerte más dolorosa que aquella con que soñaba yendo en busca del martirio, que no llegó a coronar su vivir azaroso y mendicante.

Y nos enseñan, además, que tan singular hombre, despreciaba al mundo porque de él se sentía separado por completo; que hacía caso omiso de la realidad humana porque creía que hasta el mismo Dios no puede ser imaginado como realidad alguna; y que al ocurrir su óbito, contando apenas los cuarenta y nueve de vida, su corazón, abrasado por el fuego de un amor divino, parecía palpar cuando ya la sangre no circulaba por las arterias de su cuerpo, a impulso de ese amor mismo. Como su excelsa maestra era humilde al extremo de buscar la anulación de su personalidad, y era amante del prójimo, por lo que se puso de enfermero en un hospital toledano, hasta el punto de sostener que el total perfeccionamiento del humano espíritu, sólo se logra cuando por amor a Dios derramamos torrentes de caridad sobre nuestros semejantes. La dicha del vivir, para este hombre sin segundo, se cifraba en la posesión de Dios por amor; y aquí, en la tierra, sobre este suelo que pisamos y bajo ese cielo que nos cubre, se puede, según él, realizar la unión del hombre con Dios, no siendo imposible al primero llegar en ella a ser un ángel, y aún más que un ángel todavía.

Alcanzaréis ahora el por qué de las gozosas meditaciones de nuestro héroe. ¿Es que, acaso, para un alma devota y ardiente, no es motivo de secreta alegría leer que todo un elegido del Señor os asegura, conforme lo hace el doctor

Estático, que puede un hombre, sin dejar de ser hombre ni abandonar el mundo en que vivimos, transformarse en un verdadero ángel del cielo? ¡Será necesario para ello ejecutar actos dificultosos y penosísimos!, diréis conmigo. No, os responderé por boca del santo; basta con arrojar de sí las pasiones, los apetitos, los deseos, la escoria toda de la impureza, purificando al espíritu con constantes y bien dirigidas penitencias.

Y según acababa de leer el Padre Leonardo de Jesús, para aspirar a la posesión y disfrute de dicho estado, precisaba, además, una cosa, fácil de alcanzar relativamente: la educación de las potencias anímicas, al objeto de que contribuyan con sus energías a la depuración del alma. Después ya resulta factible el despojar al entendimiento de cuanto contiene y encierra para llegar a la abstracción total del mismo y a la contemplación pasiva; el vaciar la memoria de todo el recuerdo terrenal o mundano, el anular la imaginación, o someterla por lo menos al dominio pleno del entendimiento para que ni desvaríe ni nos descarríe, el eliminar los sentidos y el separar la voluntad de deseos, ambiciones, esperanzas, dolores y afanes mundanales, vanos, ficticios y transitorios todos ellos. Conseguido esto, sin grandes dificultades ni muchos trabajos puede lograrse la sustitución o reemplazo de las potencias psíquicas, por las virtudes teológicas o divinas, la consoladora fe, la dulce esperanza, la hermosísima y fecunda caridad, resumen y esencia de todas ellas.

Pertrechados con tales armas y preparados para la lucha de tal suerte, animosos podemos emprender la vía purgativa, y avanzar por el camino de la iluminación con alguna seguridad de llegar al fin del mismo, venciendo las innumerables turbaciones y las muchísimas tentaciones que asaltarán al espíritu para estorbarle y dificultarle su triunfal marcha. El trabajo entonces quedará concluso, y el principio de la anhelada felicidad comenzará a iniciarse y a gozarse. ¡Y a que escasa costa!, pensaba *in mente* el Padre Leonardo, sintiendo dichoso saltar su corazón dentro del pecho, como pájaro enjaulado que busca la libertad por entre los alambres que le retienen cautivo.

«No abandonará Dios al que emprenda ese camino», murmuraba ojeando febrilmente los folios del libro que leía. Encendido en fervorosos anhelos desde que apenas se dió cuenta que vivía, el Padre Leonardo no quería creer que quien lo puede todo, dejase sin ayuda a quien consiguiera llegar al camino iluminativo, tras empeños y afanes para los cuales se necesitaba tanta virtud como energía y constancia. Como el más audaz y el más austero, y el más rígido, y el más vehemente de los pensadores místicos, confiaba el Padre Leonardo en que Dios prestaría luz al alma que a Él se entrega enamorada y rendida; y que esa luz, deslumbrante foco que ilumina con refulgentes y poderosos rayos al espíritu, aunque ciega y deslumbra también, al modo que ciegan y deslumbran los rayos solares a quien a desafiarlos se atreve, será el Sol que desfume y rasgue las tinieblas que envuelven al alma humana, estorbándola e impidiéndola la visión plena del que es la verdad y la vida.

Sabía que en la noche perenne en que vive la inteligencia de la mayoría de los hombres, luchan y combaten sin tregua el espíritu y el cuerpo, o mejor, las dos naturalezas que nos integran, humana la una y semidivina la otra, ya que es el alma, en sentir de los pensadores ortodoxos o rectos, una como participación, centella, semejanza, vislumbre o chispa de la luz increada. Y sabía también, porque así lo afirmaba terminantemente el autor que leía, en uno de los menos claros pasajes de sus escritos, que cuando en ese combate obtiene la victoria el alma enamorada de Dios, y llega a mostrarse ante Él, decidida a adorarle sin limitación ni descanso, queda rendida, postrada, anhelosa, fatigante, sumida en

un letargo muy parecido al de la muerte. Será entonces cuando el alma misma reconozca su pequeñez, su miseria, su pobreza, su inutilidad, sus faltas, sus ansias y sus amarguras; mas deseosa de resucitar a nueva y feliz vida, de tornar a la actividad para encontrarse más cerca del objeto de sus amores, de surgir, como el ave Fénix, de entre las cenizas de su pasado con alientos desconocidos y ánimos no definidos porque son ignorados, aguardará impaciente a que transcurra el tiempo que haya de durar aquel estado accidental y transitorio, durante el cual han de ser sus facultades, en frases del celestial Juan de la Cruz, *cavernas inmensas y vacías que no se llenarán menos que con lo infinito...* ¿Oísteis? ¡Con lo infinito! Porque lo infinito, lo que carece de límites, lo que no conoce fin ni principio, es el único, el solo, el verdadero, el completo alimento que calma el hambre y sacia la sed, al espíritu que verdaderamente se siente abrasado por el fuego del amor más excelso.

Y aquí, tras larga, solitaria, profunda y penosa reflexión sobre cuanto queda imperfectamente anotado, solían principiar para el Padre Leonardo de Jesús momentos de angustia indescriptible. Lleno de zozobra creía en ellos sentir que se paralizaba la circulación de la sangre en sus venas, y que el copioso sudor que inundaba su escuálido rostro, era señal de agonía y de próxima muerte. Porque, continuando la lectura del maestro, cuanto más avanzaba en ella, menos comprendía el alcance y la significación de los confusos párrafos que devoraba con los ojos. El simbólico suplicio de Tántalo, condenado a llenar de agua un tonel sin fondo, daría idea del suplicio del Padre Leonardo, queriendo desentrañar la idea madre en la laberíntica profusión de conceptos y de palabras en el que su autor predilecto la diluye, y no alcanzando a lograrlo por celo y diligencia que ponía para seguirla el rastro.

Penetrar en el espíritu de aquellas comparaciones, metáforas, ejemplos, símbolos y parábolas, era empresa superior a las fuerzas de que el Padre Leonardo disponía. Tomar a la letra el ambiguo sentido de las palabras leídas, además de no servir de nada, o de valer de muy poca cosa para el esclarecimiento de la idea, era exponerse a caer en los errores y en los horrores de la herejía, derrumbando de un soplo el dorado castillo de sus dulces ensueños, levantado con tanto trabajo, y cuando ya se consideraba señor absoluto del mismo. ¿Cómo descubrir el verdadero, el recto pensamiento del maestro, en el confuso mar de equívocos conceptos, de frases sutilísimas, de vocablos ambiguos, de términos enigmáticos, de expresiones extrañas, de sentencias incomprensibles, de alusiones indescifrables y de ejemplos ininteligibles, de que están preñados los párrafos en que se ocupa de la manera cómo a la perfección total puede arribar el alma?

Él mismo parece reconocer que para el alcance de la perfección aquella, es indispensable deshacerse de nuestra humana naturaleza; pero que tal separación o desligamiento es empeño superior muchas veces a las fuerzas del hombre. Y si es muchas veces ese deseo, trabajo que excede al poder humano, ¿de qué manera—casi llorando se preguntaba el Padre Leonardo de Jesús—nos valdremos para conseguirlo los que por fin y norte de nuestra vida toda, tenemos la posesión de la perfección esa?

Ayuda Dios a tal labor, viene a decir, es cierto, el santo poeta; porque descende al fondo de la substancia del alma, al centro más profundo de la misma, y entonces es cuando ésta llega a su centro, que es el propio Dios. Pero no ayuda a todos los que persiguen igual intento o abrigan propósito análogo, sino a los que Él encuentra dispuestos para recibir la perfección, o juzga dignos de que la reciban.

Precisa, pues—decía el Padre Leonardo—hallarse en gracia de Dios para aspirar a la perfección del alma. Justo es—añadía—que así sea. Mas ¿qué sucederá luego? ¿Bastará con el estado de gracia para obtener la perfección anímica? ¿Serán necesarios nuevos y más difíciles tránsitos espirituales?.. ¿Habré entendido mal el texto en que Juan de la Cruz sostiene que, a semejanza de lo que sucede en la Morada Séptima de Santa Teresa, en la que Dios arrebató al alma y la arrastra a dicha morada de una suerte imprevista y violenta, el espíritu, en el estado de perfección, *vivirá la vida de Dios y sus facultades se trocarán en divinas*, aunque su substancia no se torne en la substancia divina?.. Y recordaba aquel bellísimo fragmento de uno de los escritos de la Doctora abulense, que tantas veces tenía leído hasta poder repetirlo de memoria: «El verse arrebatado el alma, causa algunas veces sobresalto; mas después se encuentra en una región de luz, infinitamente más brillante que la terrenal, y en la que en un momento se penetran y conocen tantas maravillas, que serían necesarios muchos años para imaginar una mínima parte». Sin que por esto deje el espíritu de hallarse separado totalmente del cuerpo, pues que, de igual modo que llegan a la tierra los rayos solares sin que el sol tenga que variar de sitio o posición en el firmamento, puede el espíritu sin abandonar el cuerpo, salirse de él por algunos instantes.

Pero lo que resulta claro, y más poético y verosímil que filosófico y verdadero, en las obras de la que llamó un obispo español «femina inquieta y andariega», no hay medio de descifrarlo en las del adusto y profundo santo castellano. Porque, ¿quién, conforme apesadumbrado reconocía el Padre Leonardo, es capaz de desentrañar el alcance de las frases del soñador místico, relativas a la manera cómo desciende Dios a la substancia anímica para instruir la sin palabras y adoctrinarla sin el auxilio de sentido alguno? ¿Quién aclara los enigmáticos conceptos empleados para dar idea del modo cómo los misterios vedados a los ojos del cuerpo, fulguran a los del espíritu con el esplendor de la verdad? ¿Quién descifra la pintura que hace del alma, formando con Dios un sólo todo: *mi Amado a mí y yo a mi Amado*? ¿Quién descubre e interpreta en su recto sentido, aquellas comparaciones de las dos llamas que arden, imposibles de separar, que semejan las almas del amante y del Amado? ¿Quién traduce las alegorías en que muestra al espíritu parecido a un arroyo que Dios fecunda, a una flecha que en Dios penetra, a una existencia que es vida de la vida divina, a una iniciación de la suprema bienaventuranza prometida a los elegidos, a un principio de deliquio soberano o éxtasis supremo, gozado sin perder el conocimiento y la posesión de la existencia corpórea, porque en medio de tan celestiales arrobos, la voz de la realidad advertirá tiránicamente a ese espíritu que aún dura su destierro en este valle de impurezas y de lágrimas? ¿Quién podrá vanagloriarse de entender su abstracta concepción de una vida doble, habitando de un lado las alturas celestes y arrastrándose, de otro, por el fango del mundo? ¿Y sus sorprendentes invocaciones del alma contemplativa a la muerte, exclamando como la santa de Avila: «¡oh, muerte!, ¿quién te temerá a ti, que das la vida?», y «¡oh, vida, enemiga de la dicha!, ¿por qué no me será permitido abandonarte?». ¿Y, finalmente, aquellas antitéticas y obscurísimas afirmaciones, de alcance para todos ignorado, referentes a que duerme Dios en el seno de la esposa, que es el alma, unido a ella en dulce abrazo, hasta que suena el momento supremo, el instante dichoso, que será el de la muerte, en que rasgado el velo de la vida, escuchará el eco de deliciosa armonía, murmurando en sus oídos estas amorosas palabras: *vuélvete, paloma?*..

Y no eran otros los motivos de las pesadumbres que amargaban de continuo

la serena vida del Padre Leonardo, ni las causas de que permaneciese muchas noches de claro en claro, cual la en que le presentamos al que leyere, y muchos días de turbio en turbio, como el héroe de la novela cervantina; sumido en meditaciones y reflexiones tanto más penosas cuanto más difíciles de resistir por naturaleza tan endeble como la suya: su impotencia para aclarar el enigma de los pensamientos del autor predilecto, (por lo mismo seguramente que es el más oscuro de los pensadores místicos), cuando tenía o pensaba tener levantada ya una punta del espeso velo que hasta entonces las mantuviera ocultas a su comprensión, no muy aguda.

La verdad del pensamiento de Víctor Hugo, en *Notre Dame*, repetido tantas veces y no por manoseado menos ingenioso ni menos cierto, una vez más venía a demostrarse en la terca obstinación del Padre Leonardo: lo que más excita la curiosidad del hombre y más vivamente desea conocer, es lo que podrá hallarse tras la pared o tapia que impide descubrirlo a nuestros ojos.

Cuando la mañana de aquel tristón día del mes de enero, sonaron las campanas del convento llamando a maitines a los frailes del mismo, y dispuso el Padre Prior diese principio el rezo, dirigiendo antes rápida ojeada a todos los Hermanos presentes para atestiguar de si alguno había faltado al primero de sus religiosos deberes, y notó la extraña ausencia del más estrecho cumplidor de los mandatos de la regla, del más celoso y rígido observante de los preceptos de la orden, alarmóse al punto de no prestar la atención debida ni al breviario que tenía abierto ante los ojos, ni a la dirección del rezo que le estaba encomendada. Sus recelos de que algo grave debía haberle ocurrido al Padre Leonardo, el más estimado de los Hermanos todos por su seriedad, su aplicación, su fervor religioso, su humildad y su modestia, se acentuaron más, cada minuto que transcurría sin verle aparecer en el coro. Concluido el rezo matinal, acompañado de varios otros frailes alarmados también por tan inexplicable ausencia, y precedidos del Hermano mandadero, pobre hombre que debía tener alma femenina, subieron con alguna precipitación a sus respectivas celdas para dejar en ellas sus libros de oraciones, atravesaron luego las galerías claustrales que conducían a la habitación del Padre Leonardo, llamaron quedamente con los nudillos, primero, más fuerte y más de prisa, después, y se determinaron, al fin, a levantar el picaporte y empujar la pequeña puerta para penetrar en la estancia, tras haber observado con angustiosa impaciencia que nadie respondía a sus repetidos llamamientos.

Al pisar el suelo de la celda del Padre Leonardo, hallaron a éste inmóvil, sentado en su tosco sillón de baqueta, colgantes y flojos los brazos, la cabeza reclinada en el respaldo del asiento, palidísimo el rostro, los ojos entornados y sin brillo en las pupilas, y la boca entreabierta, dejando escapar el aliento con débil ruido que recordaba el que caracteriza al estertor de la muerte.

Y mientras todos se apresuraban a ver cómo podían sacarle de aquel desmayo, unos rociándole las sienes con agua fresca, otros envolviéndole el cuerpo —rígido y yerto,— con el cobertor del lecho, y disponiéndose, al fin, aquellos y estos a bajarle a la enfermería en el propio sillón en que le encontraron, después de haber observado todos con espanto que el paciente se mostraba insensible a cuanto en torno suyo acontecía y a cuantos remedios caseros se le prodigaron con no poco aturdimiento, el Padre Prior, que de una ojeada se había dado cuenta del verdadero motivo del alarmante desmayo del Padre Leonardo, —porque en antecedentes estaba de todo,— abrió la marcha con la mejor fingida

serenidad del mundo, diciendo sonriente a los que le rodeaban, para infundirles ánimo y confianza, pero señalando al enfermo y al libro aún abierto sobre la mesa:

¡Legentibus, Deus loquitur!, escribió San Agustín, nuestro gran Padre, hijos míos.

¡Sí!, murmuró entre dientes uno de los Hermanos que quedara rezagado de intento,—el Padre Joaquín del Salvador, el más curioso de todos los de la Comunidad y el que mayor secreta envidia escondía en el pecho hacia el Padre Leonardo. ¡Sí! *Con los que estudian, Dios habla*; es cierto. Pero también es verdad, como dijo nuestro Padre San Ambrosio, que es «un loco atrevimiento buscar por gusto el peligro»... Y siguió al grupo, distanciado, y repitiendo con voz apenas perceptible:

Periculus se offerre, temeritas est...

II

Como el Padre Granada, el Padre Leonardo de Jesús había sido hijo de la humilde lavandera del convento en que él profesara. Quién fuera su padre es cosa que, por desconocida, calla la historia. No seremos nosotros los que nos hagamos eco ni de una sola siquiera de las especies que acerca de tal punto corrían por la ciudad castellana donde hubo nacido el héroe de este relato, pues según decía bien San Jerónimo, es cosa muy delicada la fama de la honestidad de las mujeres: *tenera res est in foeminis fama pudicitia*.

La extrema pobreza de la señora Francisca,—nombre de pila de la madre del Padre Leonardo,—pues no contaba para vivir más que con el jornal que por su oficio la daban en el convento; el aislamiento en que se hallaba, porque era inclusera y no recordaba de otros parientes que su hijo, y los buenos sentimientos de que estaba dotada, hicieronla merecer pequeñas atenciones por parte de los frailes, tales como guardarla las sobras de las comidas, facilitarla algunas prendas usadas para vestir a su crío, procurarla labor diaria, darla una que otra limosna en metálico, etc. etc., sin que en esos dos «etcéteras» le sea lícito al lector, por malicioso que fuere,—que no ha de tenerse por afirmativa siempre la ambigua sentencia «piensa mal y acertarás»,—rellenarlos imaginariamente con dádivas que envuelvan pecaminosos o malévolos intentos.

Pudo así la buena artesana ir saliendo adelante en este duro trajín que llamamos vida. Cuando su muchacho tuvo seis u ocho años, ya era popular en el convento y conocido de todos sus moradores porque pasaba en él más tiempo que en su miserable vivienda. Al chico,—débil de naturaleza y demasiado serio para sus pocos años,—le agradaba más jugar en los patios y en los claustros del sagrado asilo, que andar con los de su igual retozando por la calle. Con ello daba también gusto a su madre: que teniéndole al abrigo de los frailes o al «amparo de la casa», según expresión de la misma, se entregaba a su faena con mayor tranquilidad que sabiendo que estaba granjeando en medio del arroyo, expuesto a mil peligros y aprendiendo, conforme ella decía, indecencias y pillerías.

En gracia cayó el mocete en el convento. Su humildad, su timidez, sus buenos modales, el natural despejo de su entendimiento, el mismo apego que hacia «la casa» sentía, fueron causas para que los Padres le acogiesen contentos y se determinasen a protegerle. Hicieronle monaguillo, le enseñaron a leer y a escribir, se asombraron de las felices disposiciones que para el estudio

mostraba, encauzáronselas conveniente y oportunamente, y resultó que a los quince años de edad, sorprendía tanto por lo esmirriado y enclenque de su cuerpo como por la lozanía de la inteligencia y la felicidad de la memoria. Razón tuvo el sabio Erasmo al afirmar que, de común, la sutilidad de ingenio va unida a la debilidad del cuerpo: *ferè fit ut ingenia acriora, corpuscula fortiantur imbecilliora*.

Si es verdad que la conciencia humana es un santuario donde debe estar vedado penetrar a todo el mundo, sería inútil alambicar si fué vocación o fué imitación lo que le impulsó a Leonardo a ingresar de novicio en el convento. Su voluntad era débil, desmayada y floja, conforme suele suceder en los espíritus demasiado reflexivos; nula su experiencia de los hombres y de las cosas del mundo. De éste no sabía sino que para vivir, era preciso, como hacía su madre, trabajar cual una bestia durante el día para continuar trabajando al siguiente. Pero creía sentir que un secreto y no bien definido impulso le llevaba a la vida conventual, y no pretendió indagar en su interior si era firme e irrevocable tal impulso.

Admitido al noviciado, con gran alegría de su madre,—alegría de cuyo fundamento no podía ella decir una palabra porque ignoraba en qué pudiera basarse,—y no poco contento de la mayoría de los frailes que sinceramente querían al muchacho, prosiguió sus estudios, alcanzando ordinariamente las calificaciones más brillantes, y dando siempre la nota tan estimada por los que a la religión se consagraran, de humildad, devoción, obediencia, discreción y celo.

La muerte más cómoda, ha dicho un clásico ¹, es la que viene de súbito. Si no la más cómoda, la muerte repentina sí que es o debe ser la menos dolorosa, ya que el tiempo de sufrimiento tiene que ser muy poco. Y en esto de morir fué en lo único que premió Dios el vivir azaroso de la pobre señora Francisca. Salió una mañana de su vivienda, camino del río. Llevaba éste mucha agua, a consecuencia de una avenida ocasionada por un temporal de lluvias. Púsose a lavar, como todos los días, sobre el banquillo de madera, escapósela una pieza de ropa de entre las manos, tendió los brazos para alcanzarla, doblósele el cuerpo y cayó de bruces a la corriente... Cuando la sacaron ya era huérfano Leonardo.

No fué muy grande, a la verdad, la pena experimentada con tal pérdida por el novicio, o no la exteriorizó al menos, acaso porque sea un hecho probado que es de almas elevadas resistir con elevación los grandes pesares. Lo cierto es que, si aplicado y estudioso manifestóse siempre Leonardo, desde entonces fué su aplicación y amor al estudio tan singular y extraordinaria, que hasta el Prior mismo tuvo varias veces que aconsejarle moderación y prudencia en el manejo de los libros.

Cuando llegó el día de su profesión, más que a esos frailes de que el vulgo suele formar acertada idea, en nuestros tiempos a lo menos, orondos, saludables, gruesos, jubilosos, satisfechos, con la alegría del vivir rebosando en la acción, en el ademán, en la mirada, en el gesto y en los movimientos, parecía uno de aquellos monjes ascetas que entregados a la vida contemplativa y de penitencia, arrastraban en la Edad Media una existencia solitaria y semisalvaje en bosques y en desiertos, debilitados por ayunos y austeridades y envejecidos por flagelaciones y expiaciones de fantásticas culpas. Recordaba, por la demacración del rostro y la delgadez del cuerpo, por la torpeza de los movimientos, por el abandono de su persona y la languidez de los gestos, y por el brillo de

¹ Suetonio. *Vitæ finis commodissimus, repentinus est.*

su mirada,—donde debía haberse concentrado toda la fuerza de su alma,—no a uno de estos frailes modernos, bien trajeados y aseados, perfumados y olorosos algunos, elegantes y adamados otros, cortesés y galantes muchos, atentos y mundanales bastantes, aunque ignorantes o poco inclinados al estudio casi todos, sino a uno de aquellos antiquísimos monjes, cuyos amores eran los libros, cuyos recreos eran la copia de códices y manuscritos, cuyas distracciones estaban en la biblioteca del monasterio, cuyos corazones descansaban en Dios y cuyas potencias, para servirle, para amarle, para conocerle, y para hacer que los demás hombres le sirviesen, le amasen y le conociesen, nunca dejaban de hallarse convenientemente dispuestas y preparadas.

No mucho después de su profesión, ya el Padre Leonardo era el hermano más distinguido por los superiores y el más respetado por sus iguales, que en él veían ejemplo de virtud, de aplicación y de modestia dignos de imitación y de elogio. Había aquél aprendido bien en las obras del P. Venegas, que el amor de Dios—supremo amor del Padre Leonardo,—no tiene más enemigo que el amor propio, disimulado veneno del alma, conforme el poeta dijo. De ahí su afán de ser en todo el último. Con frecuencia acontecía lo contrario; mas no con su beneplácito, sino por orden de los superiores que premiaban la aplicación y celo de Leonardo, otorgándole permisos especiales y dispensándole de ciertas obligaciones para que consagrara el mayor tiempo posible al estudio de sus autores predilectos los escritores místicos.

De las repetidas lecturas de éstos, había obtenido la convicción de que, conforme Malón declara, el amor es la cualidad más estimable de las cualidades todas, tanto por la nobleza de su antigüedad, como por lo poderoso de su naturaleza y la utilidad de sus efectos. En consecuencia había procurado amar cuanto encontrara en torno suyo; mas a decir verdad, el desengaño tenía algo contenido en sus filosóficos deseos. No dudaba que, como el mismo Malón afirma, sea el amor el artífice o artista universal de cuanto existe, el que ordenó el caos y dió forma y belleza a lo que de forma y belleza carecía, y el que creó al hombre, prodigándole, a más de los bienes terrenales, los no menos estimables de la gracia, de la redención y del cielo. De lo que sí dudaba es de que los demás seres respondiesen agradecidos a el amor con que el hombre les brinda; y como sin correspondencia inmediata o mediata, no puede en realidad afirmarse que el amor exista, al no encontrarla en los seres a quienes quiso amar y amó realmente, comenzó a experimentar las amarguras del desengaño. Guardó oculto en su corazón el resultado de sus experiencias, e insensiblemente su alma, ansiosa de amor cual la de todos los seres,—menos la de Satanás que en sentir de San Agustín, es un angel cuyo corazón está seco para el amor,—tendió a amar a Dios sola y exclusivamente.

Con ternuras semejantes a las del santo de Asís, había intentado amar a las florecillas y a los insectos; pero ni las florecillas ni los insectos se dieron cuenta de tales amores y no parecían dispuestos a estimarlos ni a concederlos importancia ni atención alguna. Había amado luego a los pajarillos, traduciendo sus amores en cuidados casi paternos para ellos: proporcionándoles alimento, dejándoles abiertas las ventanas de su celda para que se refugiasen de las inclemencias y rigores del tiempo, buscándoles materiales para la fabricación de sus nidos y protegiéndoles contra asechanzas traidoras y peligros inminentes; pero las avecillas, aun aprovechándose de sus cuidados y dejándose alguna vez acariciar de él, o mostrándole se agradecimiento, ya viniendo a comer en sus propias manos, ya posándose en su mesa escritorio y picoteando y revoloteando alrededor de sus libros y de su tintero, hufan y se alejaban

veloces, medrosas y desconfiadas, al menor ruido o movimiento insólito y no volvían sino por acaso y con sumo recelo.

Había amado a bestias caseras o domésticas, como el perro, el gato, las gallinas, los conejos, etc., y todas, aún las más inteligentes y agradecidas como la primera, correspondían groseramente a sus beneficios, o en pago a su cariño le ofrecían deslealtades, olvidos, ingratitudes y abandonos, y nunca encontraba la mutua compensación a sus afanes y desvelos.

Más tarde había amado al hombre, y en el hombre halló el egoísmo como móvil casi único de sus acciones. Egoísmo agravado con la indiferencia y la burla, con el olvido voluntario del bien recibido y con la maledicencia del pensamiento, porque a muchos a quienes se afaná por manifestarles su altruismo, le correspondieron con desdenes cuando no con alusiones mortificantes y sospechas calumniosas y viles; y concluyó por convencerse, costándole esa persuasión lágrimas muy amargas, de que es el ser humano el menos agradecido de todos los seres.

Pretendió amar a Dios en el hombre, y no fué a pique su fe porque las raíces que la sostenían en su corazón eran tan firmes y tan fuertes, que podía desafiar las mayores tempestades sin temor a riesgo alguno. De uno de sus hermanos de Orden, el Padre Joaquín del Salvador, al que por ser el más ruin y el más inhábil de todos, aunque el más ambicioso e hipócrita, quiso proteger contra ciertas alusiones deprimentes de que había sido objeto por parte de los demás claustrales, recibió por pago el cobrarle el odio más profundo y menos fundado.

Sucedió que a un certamen poético-religioso celebrado por iniciativa y a expensas de uno de esos muchos matrimonios devotos y sin hijos conocidos que en el mundo existen, y que no sabiendo en qué gastar parte del caudal que poseen, lo emplean en fomentar las ideas cristianas o más bien católicas, pensando así que con unas cuantas pesetas distribuidas en obras más o menos piadosas, siembran de flores el áspero y difícilísimo camino de la gloria y tienen pagada en ella sus respectivos asientos, acudieron el Padre Joaquín y el Padre Leonardo, ansioso el primero de conquistar la consabida «pluma de oro» para dar envidia a los Hermanos, y deseoso el segundo de alcanzar el cuadro de San Francisco de Asís, propiedad del matrimonio devoto, que se ofrecía como una joya, y que el Padre Prior quería poseer para sustituir el modesto y agujereado que en el altar principal de la Iglesia la comunidad tenía. Y como a tales concursos no suele acudir mucha gente por la escasa publicidad que se les concede, por la ramplonería de temas y de premios o porque es labor convenida el resultado que hayan de tener, lo cierto es que ambos padres —Joaquín y Leonardo,—lograron con sus escritos la recompensa que buscaban. Pero se dejó correr por el convento la noticia de que el trabajo del Padre Joaquín—una larga oda a Dios, más pensada que sentida y más convincente que persuasiva,—era fruto del ingenio del Padre Leonardo; y aún cuando éste a nadie dijera palabra alguna reveladora del secreto, bastaba leer la poesía y conocer el estilo del mismo para caer prontamente en la sospecha de que en la «olla» del Padre Joaquín no se había cocido la «pieza» galardonada. Así fué, en efecto; y el poeta que, cual el grajo de la fábula, quiso adornarse con plumas ajenas, al verse objeto de las burlas de los hermanos, creyó que el Padre Leonardo había descubierto el secreto y le cobró el más peligroso de los odios: el que nace del poder de la impotencia.

Por esto el Padre Leonardo dió a Dios su corazón y terminó por amarle a El solo, teniendo para todos los demás seres más piedad que cariño. Ese amor, el único verdadero para Juan de los Angeles, une, transforma y convierte

el amante en el amado, y además de no ser susceptible de división alguna, es muerte de todas las pasiones, es cuchillo de todos los apetitos carnales, es arma con la cual hasta de Dios mismo puede triunfarse, porque se impone a su voluntad, dulcifica los vigos de su justicia y amengua y debilita su cólera. Así pensaba Leonardo que acabaría por ser el amor que hacia Dios sentía y se esforzaba, en consecuencia, por avivar en su corazón la llama del mismo, con devociones escogidas, penitencias severas y lecturas continuadas de los autores místicos.

Representa también tal amor—dice Diego de Estella—el puente que une a Dios con el hombre, el impulso que lleva al segundo junto al primero, el móvil de la unión de ambos. De ahí que lo juzgase Juan de Avila superior a la fe, pues domina a la voluntad y a la voluntad la considera este pensador superior al entendimiento. Y buscando en el amor divino, que es razón de las acciones más bellas realizadas por el hombre, según Rivadeneira, y origen del deseo de saber que constantemente nos espolea, según Luis de Granada, el consuelo que el virgen corazón de Leonardo necesitaba, anheloso de amar a algo o a alguien, creyó que llegaría a la perfección su alma siguiendo la vía del amor, y que a semejanza de lo afirmado por otros, podría realizar su unión con Dios en la vida presente, siguiendo las huellas que dejaron aquellos en su camino. Y como el amor de Dios opina San Gregorio que no sabe estar ocioso (*amor Dei nunquam est otiosus*), el Padre Leonardo revolvía un día y otro los escritos de los autores mencionados para sorprender en ellos las señales de los pasos dados por los mismos en su vida terrena hasta llegar a aquella perfección anímica que creyeron poseer y con la que él soñaba...

CÉSAR MORENO GARCÍA

(Concluirá)

Ante la plebe

(Del libro en prensa "Hacia las cumbres"...)

Es poeta está loco—la canalla decía—
«¡Está loco! ¡Está loco!» la turba repetía
y el poeta seguía impassible, adelante,
sin escuchar las voces ni los gritos diversos;
y seguía avanzando, musitando sus versos,
indiferente a aquella muchedumbre ululante.

Iba él ensimismado en sus meditaciones,
evocando a su amada, al decir sus canciones,
y, entretanto la gente plebeya y descarada,
«¡miradlo, que está loco!»—repetía inconsciente;
¡y era que aquella absurda y despreciable gente
comprender no podía lo que el artista hablaba!

Y proseguía el poeta vocalizando estrofas,
ajeno a los insultos y a las míseras mofas...
pero de aquella plebe, un alma fermentada

arrojóle una piedra... Percibióse de todo
el soñador y, entonces, les habló de este modo
a aquellos miserables:

—Canalla envilecida,

pues que sois incapaces de sentir la belleza,
dejad al que la adora, a la vileza ajeno...
El es ave... ¡y las aves no descienden al cieno!
Vosotros, que sois víboras, hollad cieno y maleza...

Al oír tales palabras, que ninguno esperaba,
enmudeció y marchóse la canalla grosera
pensando en que, sin duda, se equivocó y no era
locura la del hombre que tan bien se expresaba.

¡Bendito el sol!

Bendito el sol que besa y que colora
tu cabellera de oro,
cuando en la azul mañana brilladora
das al aire el tesoro
de tus rizos más rubios que la aurora!

Y bendita la estrella
que ha dejado su huella
de transparencia luminosa y pura
en tu rosada frente
que tiene la magnífica tersura
del apacible lago transparente.

Y bendita la brisa
que al posar su caricia en los claveles
de tus labios, más dulces que las mieles,
escucha de tu risa
los sonoros y alegres cascabeles.

EDUARDO DE ORY

Cádiz (España) 1916.

Al abrigo del solar

Comedia en dos actos. Verso. Escrita para REVISTA CASTELLANA

*A todos los que con buena voluntad
y nobles ideales luchan por el resurgimiento
de Castilla, madre nuestra, ofrenda
estas páginas de la vida campesina,*

EL AUTOR.

PERSONAJES: Pedro y Emilia, 60 años. *Esposos.*—Julio, 26 años.—Pepe, 25 años.—Guadalupe, 15 años. *Hijos de los anteriores.*—Andrés, 60 años. *Sacerdote.*

ACTO PRIMERO

Es en la habitación, inconfundible por lo limpia y sencilla, donde nuestros labriegos evocan, al tiempo del yantar, leyendas de guerreros y de santos; cuentos de amores y cosas del trigal... Puertas al foro y laterales. En primer término izquierda, ventana que da al campo. Hora, la más castellana.

ESCENA PRIMERA

GUADALUPE

(Desde la ventana: como en éxtasis).

Es a esta hora la llanura
como un portento de ilusión;
la madre tierra, es la ventura
que hace latir al corazón.

Bajan, triscando los corderos,
el terraplén de los oteros;
bajan cantando los cabreros,
y hay en el rústico cantar
como un sartal de madrigales...
¿qué poder tienen los zagales,
y los pequeños recentales
que así nos hacen suspirar?

Vuelven los recios labradores,
los legendarios luchadores,
desde el trigal de sus labores
hasta el amor de una mujer;
vuelven y alegran los caminos
con sus romances peregrinos...

¿qué hay en los hombres campesinos
que así nos saben conmover?

El sol se oculta pesaroso;
torna la aldea a su reposo,
y en el silencio misterioso
tenemos ansia de soñar...
Si el sol los valles no ilumina;
si está en tinieblas la colina,
¿qué incomprendida sonatina
de luz, nos hace suspirar?

Místicamente, la campana
dice una hora soberana
y es en la torre castellana
la voz del *Angelus*, placer...
¿Qué nos recuerda en su sonido
del pensamiento no aprendido?;
¿qué notas vierte en nuestro oído
que así nos sabe conmover?

Es a esta hora la llanura
como un portento de ilusión:
¡la madre tierra, es la ventura
que hace temblar al corazón!

ESCENA SEGUNDA

GUADALUPE Y SEÑOR PEDRO

PED. (Entrando, foro derecha).

¿Mirabas la campiña en el Poniente?;
¡Cómo crecen los trigos!, ¿verdad, nena?

GUAD. (Retirándose de la ventana. Con Ingenuidad infantil).

La lluvia del invierno les da vida
y cuando el viento plácido los besa,
parecen oleaje de poesía
preso en un mar de cristalinas perlas.

(Se sientan).

Es hermosa Castilla, ¿verdad, padre?

PED. (Con la dulce emoción del convencimiento).

Lo mismo que a tu madre has de quererla.
La cuna que admiró tu primer sueño,
tu sonrisa de paz, tu voz primera;
la que después, en bondadoso abrazo
contigo compartió dichas y penas;
la que más tarde, en horas de cariño,
te enseñó a ser humilde y a ser buena
con su mudo lenguaje de hidalguías,

con su voz misteriosa de noblezas,
 esa es la santa, la admirable amiga;
 esa es Castilla, nuestra madre tierra.

Por ella son más puras, más sublimes
 tus sencillas plegarias cuando rezas;
 ella se funde en el trabajo honrado;
 ella preside nuestra pobre mesa,
 y ya cuando la Muerte, la incansable,
 de nuestro mísero existir se acuerda,
 el suelo castellano nos recoge
 y en él se cava la cristiana huesa.

(Con más cariño a medida que avanza en el
 recitado).

¡Por Castilla, hija mía, trabajamos
 y ella su vida en el trugal nos legal

GUAD.

(Con candorosa expresión).

Es verdad, padre mío: algunas tardes
 cuando mis ojos, fijos en la puesta,
 recorren la ilusión por los sembrados
 y en las verdes llanuras se recrean,
 yo no sé que misterio me conmueve;
 lloro y río a la vez, y se dijera
 que el corazón palpita emocionado,
 ¡como un chiquillo que de gozo tiembla!

PED.

(Acariciando a su hija. Con honda tristeza).

¡*Probinat...* Yo también, cuando atardece,
 cuando vuelvo cansado de la tierra
 y pienso que si Dios no nos ampara,
 los desengaños de una nube negra,
 o las plagas que asolan los sembrados,
 o la lluvia esperada que no llega
 pueden sumirnos en un mar de llanto
 y acabar en un día con la hacienda,
 no vayas a pensar que no suspiro...
 yo también siento a veces la tristeza
 como un verdugo inexorable, impío,
 que al aldabón de mi vejez se aferra
 y un día y otro día dando golpes
 me sume en el dolor y me atormenta.

GUAD.

(Fingiendo serenidad).

¡Otro año malo!... Ya vinieron muchos
 y este nos ha de dar buena cosecha.

(Levantándose).

Voy a arreglar las cosas... No se apene...

(Acaricia a su padre).

Este año será bueno...

PED.

(Se levanta también. Resignado).

¡Dios lo quiera!...

(Vase Guadalupe lateral izquierda).

ESCENA TERCERA

SEÑOR PEDRO

No hay dolor más amargo que el de una despedida,
cuando sellan las canas la bondad de la vida
con un timbre angustioso de clemencia y piedad
y los campos, la choza, son todo soledad.

(En triste evocación de venturas).

¿Qué resta de los tiempos dichosos, juveniles,
gustados en risueña caravana de abriles
a la sombra envidiable del viejo robleal?
¿Qué se hicieron las gratas tardes en el trigal
recordando invencibles leyendas españolas
mientras el sol besaba las rojas amapolas
y la tarde moría tranquila, lentamente,
al tiempo que rimaba madrigales la fuente
y en la silueta parda, recta de los oteros
decían sus eglógicas coplas los cabrerros?

(Con desaliento).

Hoy Castilla pasea su tristeza, y donde antes
cantaban los pastores, lloran los emigrantes,
los mozos recios, fuertes que al partir a luchar
se llevan en el alma trozos de este solar.

(Se sienta apesadumbrado).

Así mis pobres hijos—¡los dos!—a la mañana
enfilados los barcos a tierra americana
se marchan de Castilla,—¡Dios sabe dónde van!—
buscando en otros suelos fortuna que no harán...

Me da miedo pensarlo: pensar que aquí han nacido;
que al amor de estos aires campestres han crecido
y ahora, cuando hierve en sus venas sangre moza,
pensando en ser más ricos, desertan de la choza
para ayudarnos—dicen—a vivir con holgura;
¡puede que a prepararnos más pronto sepultura!

(Sobreponiéndose a la aflicción).

Yo entretanto, al trabajo de estas tierras, que antaño
paice que daban onzas... a esperar otro año
pa ver si la cosecha *quie* ser algo mejor:
a seguir resignado, sufrido y labrador;
y mientras ellos buscan, ilusos, otro hogar,
yo castellano siempre, ¡castellano a fe mfa!...
¡Que vayan!... ¡Que se marchen de aquí!... ¡*ipue* que algún día
vencidos, acosados, retornen al solar!

ESCENA CUARTA

DICH0 Y SEÑORA EMILIA

(Entra por lateral derecha).

- EMIL. No he cesado de implorar
que olviden esa partida;
tras ellos se va mi vida...
¡pero se quieren marchar!
¡Triste idea!...
- PED. (Que va al encuentro de su mujer).
Sé más fuerte;
son jóvenes y en el sino
se llevan para el camino
la aspiración a la suerte.
Pueden triunfar...
- EMIL. (Con deslusión).
Vano empeño,
que ha de matar su esperanza...
la suerte está aquí y se alcanza
desde este hogar tan pequeño.
Las ilusiones sin tasa;
los momentos de alegría;
la paz y la poesía;
la dicha... todo está en casa.
Y los hombres que se alejan
del solar que les dió cuna,
no encontrarán más fortuna
que la fortuna que dejan.
Ensueños para luchar;
religión para vencer,
muchos campos que ensanchar
y padres a quien querer...
¡ni más se puede ofrecer,
ni más se puede esperar!
- PED. (Fingiendo conformidad).
Aun hay en tierras lejanas
riquezas que descubrir.
- EMIL. Eso se puede decir
de las tierras castellanas.
- PED. Somos pobres...
- EMIL. (Con resolución)
Pero honrados.
Con dones tan distinguidos,
vivimos fortalecidos
y morimos envidiados.
- PED. ¿Tú crees?...
- EMIL. Que es terquedad
la marcha.

- PED. Puede que sí.
- EMIL. Que deben quedarse aquí
cultivando la heredad:
que son nuestro único bien;
nuestros delirios más bellos
en la ancianidad... Sin ellos
¿dónde encontrar un sostén?
(Pausa corta).
- Se me parte el corazón
cuando pienso que se alejan...
- PED. (Resueltamente).
- Por amor.
- EMIL. (Con tristeza).
- ¡Pero nos dejan!...
- PED. (Afligido también).
- ¡Acaso tengan razón!

EUSTERIO B. ALARIO-MONTES
(Aurelio Bay)

(Continuará).

Anales del Teatro Español

(CONTINUACIÓN)

Mayo.—El día del Corpus se cantó en la Mojiganga que se representó en Madrid unas alabanzas a la nueva Reina D.^a Mariana de Neoburg, que escribió en seguidillas D. Diego de Nájera y empezaban:

Son un pelo las Indias
que oro derraman
y les hace su frente
puente de plata...

Para estas fiestas escribió un auto D. Antonio de Zamora.

4 Junio.—El Virrey y Capitán General del Reino de Valencia D. Luis de Moscoso Osorio Hurtado de Mendoza, Conde de Altamira, para celebrar el matrimonio del Rey Carlos II con D.^a Mariana de Baviera y Neoburg, dió una fiesta en su palacio, representando la comedia de Calderón, *La fiera, el rayo y la piedra*. Las decoraciones las pintaron Jusepe Gomar y Bautista Bayuca, pintores escenógrafos, discípulos de José Candi. Entre la 1.^a y 2.^a jornada se representó el baile de José Ortí *El amor y la esperanza en Palacio*, al final de la 2.^a jornada el baile entremesado *El verde del mes de Mayo*, de Figuerola, que también fué autor de la Mojiganga: *Fiestas de Valencia en el jardín de Flora*.

22 Agosto.—La comedianta Ana Marañón, otorgó testamento ante el Escribano de la corte Francisco de la Peña, bajo cuya disposición

falleció días después, legando cien ducados a la Cofradía de N.^a S.^a de la Novena, salvo que en término de seis años pareciese su sobrino Bernardo Verdugo, de ignorado paradero. Dejó también a la Cofradía el resto de sus bienes.

25 Noviembre.—El Obispo de Puebla concedió licencia a la monja y poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, para imprimir su *Carta Athenagórica* que dedicó a Sor Philotea de la Cruz. Se hicieron dos ediciones (1690 y 1692).

1690

Nació en Santarén el escritor Félix de Silva Freire, que escribió las comedias: *Querer a una y amar a tres* y *Marte en la guerra con lauros, por negárselos Cupido*.

.....

Murió el poeta dramático lisbonense Simón Cardoso Percira.

.....

Falleció en Málaga la comedianta Josefa López, hija de Luis López. Fué su primer marido Jerónimo de Heredia y al enviudar contrajo matrimonio con un Regidor perpetuo de la ciudad de Málaga.

.....

Volvió a la corte desde Flandes, con un brazo herido de un mosqueazo, y con sueldo de alférez, el comediante José Salazar, cuyo verdadero nombre era D. Cecilio Zurita Rivadeneira, natural de Ugijar. Por consejos de Fernando de Salas, entró en la compañía de José Verdugo, donde hizo barbas.

Retirado del Teatro, combatió durante 20 años en los ejércitos de Badajoz, Ciudad Rodrigo, Cataluña, Fuenterrabía y Flandes. Vivía en 1700 y el sueldo lo cobraba en la renta del papel sellado de Granada.

.....

Estuvo en Castellón la compañía de María Enriquez, pasando desde allí a Vitoria.

.....

En Madrid representó la compañía de Agustín Manuel, figurando en ella, como cuarta dama, Margarita Ruano; como quinta, Manuela de la Cueva, y como sexta María de Villavicencio.

.....

Estuvo en Valencia representando la compañía de que era autora María Enriquez.

1691

16 Abril.—La compañía de Cristóbal Caballero, empezó a trabajar en Valencia. Iban en ella las comediantas Gabriela Velarde, Josefa de Sandoval, Antonia Manuela (3.^a dama), Ana la Rosa (4.^a dama), Josefa de la Rosa (6.^a dama) y los comediantes Diego Antonio (2.^o barba) y Baltasar Caballero (2.^o músico).

3 Mayo.—Se incendió el Corral de la Mantería de Sevilla. El fuego empezó por descuido de un lacayo, en una caballeriza contigua, que era del Conde de Montellano.

10 Junio.—Se celebró en Madrid un Certamen en celebridad de la Canonización de San Juan de Dios y a esta fiesta acudieron varios escritores dramáticos, entre otros: D. Manuel de Arriaga Feijóo y Rivadeneira, que escribió los autos *El divino cazador*, *Las dos ciudades opuestas*, *El sueño de Endimión*, *Triunfar antes de vencer*, y la loa *El juicio de Paris*; D. José de Arroyo, a quien se deben las comedias *Santa Genoveva*, *La libertad de Israel y plagas de Faraón* y *El pobre más poderoso: San Juan de Dios*; D. Marcelo Antonio de Ayala, de quien se conocen *No hay contra el hado defensa*, *El hijo del desengaño* y *Las travesuras de D. Luis Coello* (2.^a Parte); D. Juan de Bolea y Alvarado, autor de *Ciencias impiden traiciones* y *La patrona de las Musas*; D. Francisco Bueno, que escribió la comedia *Santa Engracia*; D. Juan Claudio de la Hoz; D. Diego de Nájera y Zegri, abogado y autor de varios autos y mojigangas; D. Pedro Scotti de Agoiz, Corregidor de Logroño, Guadix y Baza, que escribió la comedia *El primer blasón de Israel*.

Junio.—En las fiestas que se celebraron en Granada, con ocasión de la Canonización de San Juan de Dios, se representaron los autos *El Tesoro de la Iglesia* y *La Imagen del Sacramento*, del granadino Sebastián de Gadea.

Diciembre.—Para la compañía cómica de Damián Polop, escribió el poeta D. Juan de Quevedo Arjona, la comedia: *El mejor Rey de Borgoña*. Escribió también este autor *Hacer gloria de la culpa y colocación de N.^a S.^a de Madrid* y *El bueno entre los Guzmanes*.

1691

Falleció en Alcalá de los Gazules la comedianta Antonia Casasola, mujer de Juan Antonio de la Rosa.

A la salida de Cádiz, falleció repentinamente la comedianta Micaela Fernández, que estuvo en las compañías de Vallejo, Castro y Escamilla. Era notable haciendo papeles de hombres.

Murió en Barajas la comedianta Mari-Santos, notable música. Hizo cuartas damas en Madrid en la compañía de Simón Aguado (1674) y Agustín Manuel (1677).

.....

Se imprimió la comedia *El mejor pastor descalzo, San Pascual Bailón*, del Licenciado Ginés Campillo de Bayle.

.....

Nació en Adraneta (Valencia), el poeta dramático Fray Félix de Adraneta, autor de la comedia *La Condesa perseguida y Capuchino Escocés*.

.....

Murió en Segovia el comediante Enrique Ladrón de Guevara. Había sido carnicero en Galicia. Figuró en las compañías de Antonia Manuela, Miguel Vela y otros.

.....

Murió en Madrid, a la edad de 62 años, el representante Matías de Castro Granados. Fué hijo de D. Pedro de Castro y de la comedianta Antonia Granados. Casó con María de la Cruz, natural de Toledo, de quien tuvo once hijos. Al enviudar contrajo matrimonio con Juana Gutiérrez, de quien tuvo catorce. Hizo graciosos.

.....

Falleció en Madrid la comedianta Francisca Benavente, nacida en la provincia de Valencia y mujer del autor Isidoro Ruano. Estuvo en la compañía de Fulgencio López.

.....

Casó en Valencia con Manuel Francisco Medrano, la comedianta Josefa de la Rosa.

.....

Murió en Berlanga el comediante Jerónimo de Sandoval, conocido por *Cuántas tomas?* Era natural de Ayllón, de noble linaje y era su verdadero nombre don Guillermo de Candamo y Salcedo. Salió a las tablas con José de Prado. Casó con doña Ana García Martínez, natural de Almazán, que nunca salió a las tablas, y después con Bernarda Gertrudis, cortesana, muy hermosa, de Valencia. Hizo galanes y después barbas.

.....

La compañía de Agustín Manuel trabajó en los corrales de Madrid, llevando como cuartas damas a Margarita Ruano y Angela de San Román.

.....

En la ciudad de Córdoba falleció la comedianta Jerónima Rodríguez, que actuó en las compañías de Cristóbal Caballero y Antonia Manuela.

Murió en Valencia Antonia Manuela Sevillano. Fué primera dama y autora. Estuvo casada tres veces, la primera con Alejandro Labella, la segunda con Cristóbal de Medina, y la tercera con Francisco de Medrano.

1692

5 Mayo.—Fué aprobado por Lanini, el entremés *El sí y la almo-neda*, original de Sebastián Villaviciosa.

14 Mayo.—Empezó en Valencia la compañía de María Alvarez, la *Perendenga*, llevando a María de Castro, tercera dama, y Manuel Alonso, segundo galán.

18 Mayo.—Falleció en Madrid el poeta don Juan de Matos Frago, natural de Alvito, abogado, y gran amigo de Montalbán. Sobresalen entre sus muchas comedias *Juan Labrador; Lorenzo me llamo; Callar siempre, es lo mejor; El yerro del entendido; El traidor contra su sangre y El galán de su mujer*.

26 Agosto.—El P. jesuita José López de Echaburu, aprobó el libro *Varias poesías, sagradas y profanas que dejó escritas don Antonio de Solís*. Contenía este libro varias loas, sainetes, fragmentos de comedias y diálogos. Fué dedicado a doña Josefa Alvarez de Toledo y Portugal Téllez de Girón.

12 Noviembre.—Se representó en el corral del Coliseo de Sevilla, la comedia *El esclavo del demonio*. Con motivo de ciertos alborotos ocurridos por la mañana, el Alcalde Mayor, entre otras disposiciones, mandó que el alguacil, una vez empezada la función, cerrase la puerta de la cazuela. El error de creer que había incendio, y una voz que gritó: «el Corral se quema», produjo gran alboroto, aumentando al hallarse con la puerta de la cazuela cerrada. Resultaron muchos contusos y varias mujeres ahogadas que fueron, cuyo número subían algunos a diez o doce, entre ellas la madre e hija del Sacristán de Santa Catalina, y la esposa de don Fernando Esquivel, cobrador de la Mesa Capitular.

13 Noviembre.—El asistente de Sevilla mandó a la compañía del Coliseo que saliese de la ciudad y no volviera a representar más en ella,

1692

Se reedificó la casa de comedias de Zaragoza. Los Jurados tenían tres aposentos y se reservaron otros tres de señoras, los números 4, 5, y 6. Había amplias galerías para hombres y mujeres separadamente, y bancos en el patio.

Nació el escritor dramático Blas Luis de Abreu, en Buzem, Obispado de Leiria. Escribió la comedia *Águilas hijas del sol que vuelan sobre la luna*.

Se organizaron en Madrid fiestas reales para las cuales escribió Mafías de Castro su sainete *Alcalde y toros fingidos*.

.....

Representó en Valencia la compañía de Antonio Ruiz. Iba en ella para hacer los terceros galanes Francisco Velarde.

.....

El capitán, natural de Cataluña, don Jaime de la Torre, escribió la comedia *La perla, asombro del mar; en la merced de su aurora: Vida y muerte de Santa María de Cervellón y Sacors*.

.....

Casó en Benavente con Isidro de Aiban, o Aoban, la comedianta Juana Navarro, que se decía hija del conde de Peñalba, aunque se declaraban sus padres Miguel de Orozco y Juana Navarro. A ella se la conoció en Madrid por Juanilla la de Talavera.

.....

Murió en este año, siendo de avanzada edad, la comedianta Damiana Arias de Peñafiel, que estuvo casada con Gaspar de Valdés, y luego con Mateo de Godoy. Era hija de Damián Arias y Luisa de Reinoso. Hizo muchos donativos a la Virgen de la Novena.

.....

Murió en Lisboa Juana de Flores, madre de la notable comedianta Paca Ramírez.

.....

Representó en Madrid la compañía de Damián Polopo. Hacía en ella los papeles de por medio José Fuentes.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR
Académico C. de la Real de la Historia

(Continuará).

Registro bibliográfico

Bajo el título de *La ciencia química y la vida social*, se han coleccionado en un tomo, editado por la Tipografía Católica Pontificia de Barcelona, las notables conferencias que el P. Eduardo Vitoria pronunció en el salón de actos de la Universidad de Valencia, en Noviembre de 1915.

El sumario de estas conferencias es el siguiente: 1.^a Parte: La Nación.—*La ciencia química y la vida nacional.—La ciencia química y la ciencia de los explosivos.—La ciencia química y la Terapéutica.*—2.^a Parte: *La ciencia química y la industria valenciana.—La ciencia química y la agricultura valenciana.*—3.^a Parte: *La ciencia química y la vida doméstica.*

«El P. Vitoria—dice el prologuista, Sr. Trénor,—supo en las conferencias salvar el escollo de los sabios; el aislarse en la espléndida majestad de las profundas lucubraciones científicas, y el vestir los conceptos del misterioso y enigmático vocabulario de un lenguaje pomposamente técnico. Supo imprimirlas el verdadero y difícilísimo carácter de pura y sincera vulgarización de la ciencia. El estilo sencillo y claro, los problemas científicos enunciados con pedagógica familiaridad. Todo plenamente asequible al más modesto oyente, con naturalidad notable.»

* * *

El doctísimo gramático D. Primitivo Sanmartí, ha publicado la octava edición de su notable tratado *Reglas de Prosodia y Ortografía*.

Nada más concreto y sustancioso que este interesante libro. El Sr. Sanmartí, conocedor perfecto de los clásicos castellanos, alega abundantísimos ejemplos, fijando en especial las reglas conforme al uso actual, que es, naturalmente, el que debe merecer preferente atención.

Los capítulos relativos a la métrica son completísimos. Su contenido es el siguiente: 1.º Del ritmo. 2.º De la melodía. 3.º Del tono. 4.º De la expresión. 5.º De la armonía. 6.º De las figuras de Prosodia y licencias poéticas. 7.º Del barbarismo prosódico.—Por esta simple enumeración puede comprenderse toda la importancia que reviste esta parte del libro.

La parte segunda, dedicada a la Ortografía, es también un modelo de orden y concisión. Con razón dice el Sr. Sanmartí que si bien la Ortografía se aprende con la práctica, los resultados serán mejores y más rápidos si se guía a los alumnos por el estudio.

Orientado a la moderna, este libro guarda, no obstante, el mayor respeto a la tradición y a los principios eternos de la ciencia, no quebrantados ni a impulso de los ataques más ciegos.

* * *

De enseñanza se titula un libro en que el sabio cuanto fecundo profesor de la Habana D. José A. Rodríguez García, ha coleccionado diferentes artículos insertos en su *Cuba Intelectual*.

Las cuestiones docentes que en el volumen se tratan, ya de orden general, ya referentes a Cuba o a los demás países americanos, interesan de igual modo a cuantos por la enseñanza se preocupen.

El Dr. Rodríguez García une las cualidades, no siempre parejas, de hombre docto y de pedagogo. Aquello bien lo saben cuantos conocen su abundante y variada labor: esto bien se echa de ver en el cariño y acierto con que trata los problemas de la enseñanza, perfectamente convencido de que en ellos estriba el progreso y la grandeza de una nación.

Hacemos nuestras las palabras de *El Comercio*, de la Habana, referentes a Rodríguez García: «Es grande por su ilustración vastísima; grande por su talento portentoso; grande por su laboriosidad inconcebible, y grande por su manera de transmitir o desear transmitir a los demás el tesoro inagotable de su intelecto extraordinario.»

* * *

Se han impreso la proposición de ley y discursos que en el Senado pronunciaron los señores Marqués de Villaviciosa de Asturias y Conde de Romanones, el día 14 de julio del corriente año, respecto a la formación de parques nacionales.

El discurso del señor Marqués de Villaviciosa de Asturias, perfectamente documentado, pone en evidencia la necesidad de formar parques nacionales,

cuyos beneficios son innegables. Con ello mostróse conforme el señor Presidente del Consejo en su contestación.

* * *

Las *Misiones del M. R. P. Tirso González de Santalla*, publicadas por el P. Elías Reyero en un volumen, ofrecen particular interés para la historia de la propagación de la fe en España.

El P. Reyero encontró un manuscrito autógrafo en los archivos de la Universidad de Salamanca, y estimulado por tan feliz hallazgo, dedicóse a buscar otros más y a reunir datos sobre el ilustre P. González, incluyéndolo todo, con excelente acuerdo, en el libro a que nos vamos refiriendo.

El P. González realizó numerosas misiones por toda España, gran parte de ellas en la provincia de Castilla, y de todas dejó consignada noticia en esta relación. El lector, pues, puede seguirle paso a paso en su evangélica misión.

«Es indudable—dice con razón don Armando Cotarelo al P. Reyero en una carta que precede al texto—que el aspecto de misionero, bajo el cual usted principalmente nos le ofrece, resulta altamente interesante; mas aunque no se tratara con esto de completar las noticias de su vida, siempre justificaría plenamente su obra de usted el publicar un nuevo escrito de varón tan señalado.»

* * *

El insigne bibliógrafo cubano don Carlos M. Trelles acaba de dar a la estampa una *Bibliografía Cubana del siglo XX*, como complemento a la del siglo XIX, que con general aplauso tiene publicada en varios tomos.

La labor del señor Trelles es realmente admirable. Gracias a ella, conocemos el caudal de obras que de las imprentas de Cuba salió durante la última centuria, e iremos conociendo el que se produzca en la presente.

Este volumen primero comprende desde 1900 hasta 1916, y en él se describen 3.800 libros y folletos, bien impresos en Cuba, bien a ella referentes. Con este simple dato puede comprenderse toda la importancia del libro.

Es esta, en resumen, una obra modelo, sobre cuyo sólido cimiento habrá de edificarse la historia de la literatura cubana. Con ella se ha colocado el señor Trelles en la primera fila de los bibliógrafos modernos.

En lo que no podemos estar conformes con el señor Trelles, es en que la producción literaria de Cuba fuese tan lastimosa durante la dominación española. La bibliografía de 1886 a 1899 (catorce años), llevó al señor Trelles dos tomos de su obra, en los cuales describió 7.000 libros y folletos. No creemos que este dato sea nada desfavorable.

* * *

Costeado por varias entidades y corporaciones asturianas, se ha impreso un lindísimo folleto bajo el título de *Covadonga*.

En él se hace una descripción del admirable paraje y santuario de aquel nombre, acompañada de una sucinta noticia histórica.

* * *

Fidelino de Figueiredo, el erudito y sutil crítico portugués, ha aumentado sus notables estudios de literatura contemporánea con otro acerca de un homónimo suyo, escritor igualmente ilustre: Anthero de Figueiredo.

El autor de *Doida de amor* y de *Leonor Telles* aparece magistralmente estudiado en este trabajo. Fidelino de Figueiredo tiene tal precepción en sus críticas, que de una sola ojeada descubre la personalidad de cada autor, y allí donde es necesario ahonda certeramente. Es, a no dudar, uno de los más eximios críticos modernos.

El ilustre hispanófilo italiano Alfredo Giannini, traductor excelente de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, ha dado últimamente al público una traducción del famoso romance de Górgora *Amarrado al duro banco*, y un estudio sobre las relaciones de Fulvio Testi con España.

En aquella resplandece toda la brillantez del original. En éste se señala la fuente de una canción de Testi—un romance del célebre vallisoletano Cristóbal Suárez de Figueroa—y se reproduce una traducción española, hecha en el siglo XVII, de la canción *In lode della carta*.

* * *

Nuestro paisano el reputado cervantista don Fidel Pérez Mínguez ha impreso la conferencia que dió en el Ateneo de Madrid sobre *El Maestro López de Hoyos*.

La figura venerable de aquel humanista, maestro de Cervantes, a quien llamará «caro y amado discípulo», aparece perfectamente diseñada en esta conferencia. Amenísimamente da cuenta el Sr. Pérez Mínguez de la plausible labor docente y literaria realizada por López de Hoyos en su estudio; de la crónica que escribió al morir el desdichado príncipe D. Carlos y de la que después, en el fallecimiento de doña Isabel de Valois, dió ocasión para que el Príncipe de los Ingenios hiciera sus primeras armas en la poesía; del libro que más tarde, al contraer Felipe II matrimonio con doña Ana de Austria, publicó López de Hoyos relatando estos sucesos; y, últimamente, de otras noticias biográficas de singular interés. Las relaciones entre López de Hoyos y su inmortal discípulo Miguel de Cervantes, están presentadas con mucho colorido.

* * *

Hemos recibido el tomo XIII de los *Anales de Instrucción Primaria* publicados por el Gobierno de la República Oriental del Uruguay.

De este interesante volumen se deduce la especial importancia que aquella nación concede a la instrucción pública. Tanto los notabilísimos artículos contenidos en el tomo, como los documentos oficiales que le sirven de complemento, hablan sobre el particular con la más expresiva elocuencia.

* * *

En su opúsculo *Di una imitazione spagnuola del Cortegiano*, estudia el conspicuo crítico italiano Ruggero Palmieri la obra que con aquel mismo título (*El Cortesano*) escribió D. Luis de Milán, teniendo por modelo el famoso libro de Baltasar Castiglione, y que se publicó en Valencia en 1561.

Los críticos habían concedido escasa atención a este libro. El Sr. Palmieri, perfecto conocedor de nuestra literatura y de sus relaciones con la italiana, analiza habilísimamente la curiosa producción de D. Luis de Milán, famoso también como músico exquisito.

* * *

La variada, rica y brillante labor del P. Luis Villalba acaba de aumentarse con un volumen que, sirviendo de prólogo a la *Historia del Rey de los Reyes*, del P. Fray José de Sigüenza, contiene un estudio acabadísimo de este ilustre escritor religioso.

El P. Villalba sigue paralelamente los datos biográficos de P. Sigüenza con los de su producción literaria: los años de su juventud y su relación con Arias Montano; la influencia que el *Opus Magnum*, de éste, ejerció en el carácter literario de aquél; la elaboración de la preciadísima *Historia de la orden de San Jerónimo*, y de *La fundación del Monasterio de San Lorenzo el Real*; su intervención activa y eficaz en la organización de la biblioteca del Escorial, y circunstancias que en ella concurrieron. La segunda parte del libro, consagrada

al examen de la labor literaria del P. Sigüenza, es sencillamente un prodigio de exactitud y certeza crítica. De sumo interés, por referirse a un aspecto menos conocido en la personalidad del P. Sigüenza, es el capítulo dedicado a estudiar a éste como poeta. Expone el P. Villalba las dudas que hay sobre sus poesías, cita los manuscritos en que se conservan y, sin dejarse llevar de la pasión, formula un juicio tan conciso como cabal.

Innecesario parece decir que nunca hasta ahora el P. Sigüenza ha sido objeto de un estudio tan extenso y profundo. Ello nos sirve de íntima satisfacción, porque opinamos que, entre nosotros, los triunfos del P. Villalba se deben mirar como honor propio.

* * *

La eximia escritora doña Blanca de los Ríos de Lampérez leyó en el Ateneo de Madrid, el día 17 de Mayo, una conferencia sobre *Los grandes mitos de la Edad Moderna*.

Estos grandes mitos aparecen encarnados en: Don Quijote, Don Juan, Segismundo, Hamlet, Fausto. En torno de estas inmortales creaciones gira la primorosa conferencia.

¿Necesitaremos decir que resplandecen en ésta las delicadezas de observación, las galanuras de estilo, los rasgos de erudición variada y oportuna que son bien notorios en la insigne autora de *Madrid goyesco*?

Cada una de aquellas grandes figuras de la literatura universal sugiere a la señora de los Ríos transparentes observaciones. Pocas cosas se han dicho tan bien y en tan pocas palabras, como las que aquí leemos sobre el Ingenioso Hidalgo.

Notas y comentarios

La REVISTA CASTELLANA no sería digna de llevar este nombre si no dedicase un elogio entusiasta al Excmo. Sr. D. Santiago Alba, Ministro de Hacienda, por sus trascendentales y meditados proyectos, que, si aun no se ha perdido en España el instinto de conservación, deben merecer la aprobación general.

La REVISTA CASTELLANA es regionalista; pero entiende que es honrosísimo para una región estar representada por hombres como el Sr. Alba, que lejos de inspirarse en la depravada politiquería vieja, causa de todos los males, ponen su talento y su actividad al servicio de la patria.

Libros recibidos

DE LOS CUALES SE HABLARÁ EN NÚMEROS SUCESIVOS

Cayetano Alberto de la Barrera: *El Cachetero del Buscapié*.—Santander, 1916.

Eduardo de Ory: *Manuel Reina. Estudio biográfico*.—Cádiz, 1916.

F. García Godoy: *De aquí y de allá*.—Santo Domingo, 1916.

Luis Pérez Rubín: *La literatura del Quijote*.—Valladolid, 1916.

Montiel Ballesteros: *Emoción*.—Montevideo, 1916.